

INTERLUDIO SEIS - SIETE

Fuego sutil dentro mi cuerpo todo

Presto discurre; los inciertos ojos

Vagan sin rumbo; los oídos hacen

ronco zumbido.

Cúbrome toda de sudor helado;

Pálida quedo cual marchita hierba;

Y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte,

Muerta parezco.

[Safó](#), Poetisa Griega, Efectos del Amor, Lesbos, circa 600 a. de C.

PARTE SIETE, DESASTRE

PRIMER MOVIMIENTO, SEQUÍA

Día Previo

Janequa y Abian terminaron resignándose a que las cabras estaban allí para quedarse y suspendieron los intentos de desalojarlas. No así Nira, a quien le resultaba detestable la perspectiva de convivir con los animales soportando sus ruidos y olores. Ella intentó persuadirnos de usar sogas para llevarlas por la fuerza hacia fuera de la caverna, pero desestimamos su idea, asumiendo que las cabras regresarían en cuanto las desatáramos.

Etxekide tenía previsto utilizar las sogas con otro propósito. Trabajó durante la mañana cortando ramas para producir unos veinte palos de igual tamaño, los que fue anudando a intervalos. Fabricó así una escalera de veinte escalones, que lanzó por el agujero hacia la cámara inferior de la caverna, sujetando un extremo a las rocas de la cámara principal, cerca del lugar de las cabras. Atamos una lámpara a otra sogá y la fuimos bajando, en tanto Etxekide descendía los escalones.

Lo vimos aproximarse al fondo inundado y medir con sus pies la profundidad del agua. Apenas le llegaba a las rodillas. Nos hizo señas de que bajáramos y lo fuimos haciendo de a uno, con excepción de Nira, que se hallaba ofuscada en el patio exterior, y de Janequa, quien permaneció en la boca del pozo para asistirnos en cualquier necesidad.

La cámara inferior era más grande de lo que habíamos imaginado. En su largo tenía unos veinte pasos y en su contorno se distinguían grutas más pequeñas. A la luz de las lámparas los techos lucían bellísimos, en tonos grises y blancos con vetas azules. La transparencia del agua permitía ver huesos de animales diseminados en el lecho rocoso. Caminamos de un extremo a otro sin encontrar galerías que comunicaran a otras cámaras, ni siquiera un punto donde el agua pudiera escurrirse. En pocos rincones de la cueva era posible estar sin tener los pies sumergidos, lo que explicaba que los hombres del hielo no la hubieran ocupado. Incontables murciélagos parecían ser sus exclusivos habitantes.

Antes del mediodía hicimos otra exploración, esta vez hacia el extremo superior de la caverna.

A la cámara que usábamos de dormitorio llegaba tenue la luz del día, proveniente de un hueco en un rincón del techo. Para acceder allí utilizamos a Abian como escalera. Parándose en sus hombros, Guaire logró trabar las rodillas en el contorno del hueco y anunció que sería posible ascender, apoyando manos y pies en las paredes. Con una soga enrollada a la cintura, lo vimos iniciar trabajosamente el ascenso y desaparecer. Transcurrió bastante tiempo hasta que el extremo de la cuerda cayó sobre nuestras cabezas, señal de que Guaire nos invitaba a seguirlo.

Agachándose, Abian colocó su cabeza entre mis piernas y me elevó como si fuera una niña. Aferrándome de la soga, puse mis pies en sus hombros y pude introducir cabeza y brazos en el hueco. Me impulsé para trepar por él, raspándome los codos en la maniobra. La galería ascendía casi verticalmente. La forma de subir era apoyando la espalda en la pared, dando pequeños pasos en las rugosidades, ayudándome con la cuerda. Así fui escalando mientras el pasillo se iba haciendo cada vez más estrecho. Era improbable que Abian y Janequa pudieran transitar aquella galería.

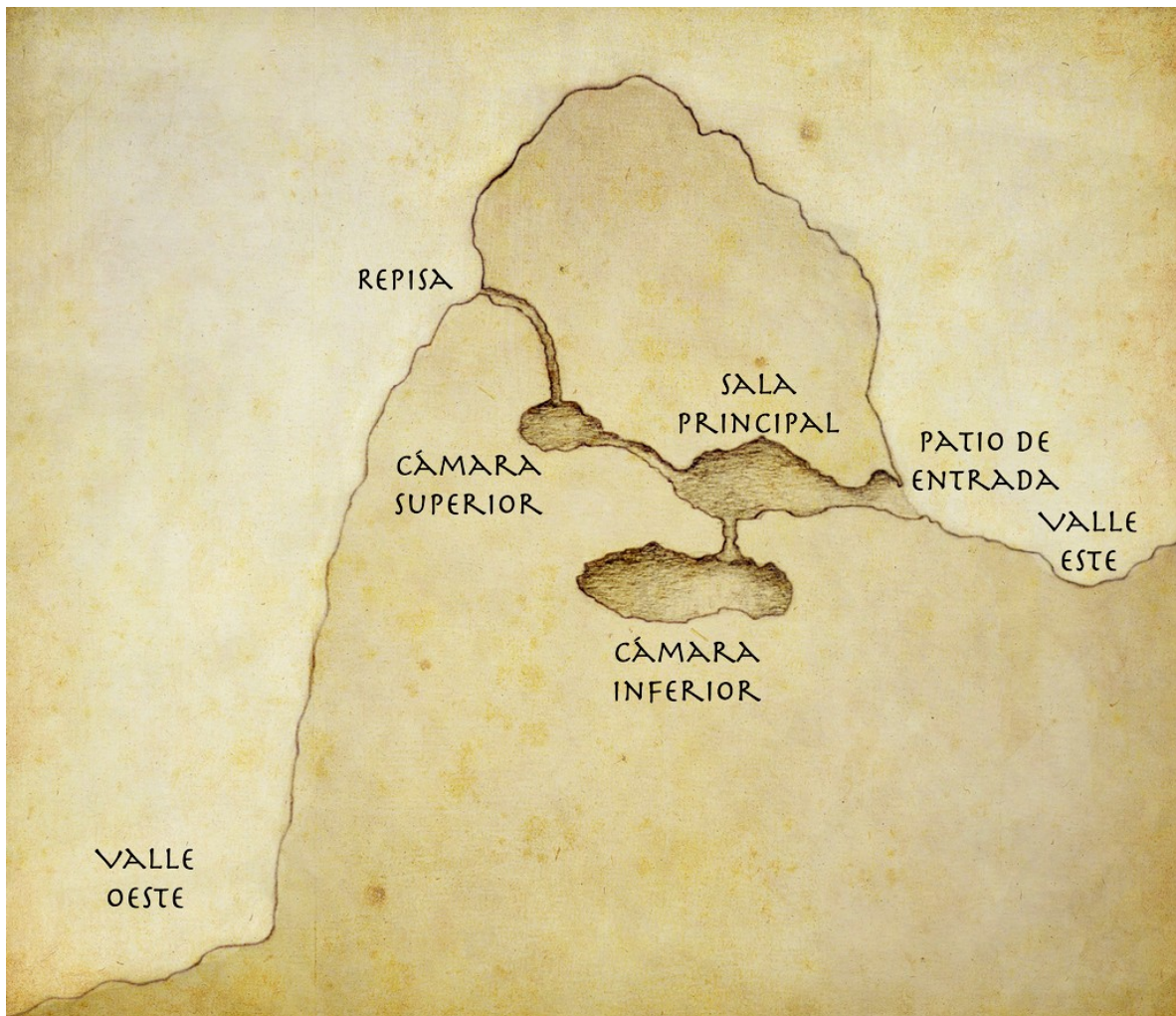
Cuando hube trepado unos veinte pasos, el ascenso fue haciéndose menos empinado y me fue posible gatear. Escuchaba las palabras de Guaire, animándome a seguir. Continué arrastrándome por el angosto pasadizo cada vez más iluminado, hasta que, doblando un codo, vi la silueta de Guaire recortada contra el cielo nublado.

Reptando los últimos pasos, estuve junto a él.

Nos hallábamos en un risco en lo alto de la montaña. Un minúsculo balcón con vista al valle, al borde de un precipicio de unos dos campos de altura. Enormes águilas y buitres volaban en las cercanías, hostiles a nuestra presencia. Sentí vértigo y me abracé a Guaire, embelesada por el maravilloso panorama que se desplegaba ante mis ojos.

Al sur, podía verse el afluente del río Tartessos que habíamos remontado tres días atrás, serpenteando el valle de los ciruelos. En el horizonte, al oeste, llegaban a divisarse las dunas donde se hallaba la aldea de los pastores. También podían adivinarse los otros dos ramales del río que confluían próximos a las dunas, tras recorrer otros valles y bosques que se perdían hacia el norte.

De regreso, con Guaire hicimos un bosquejo del perfil de la montaña, representando las distintas salas y galerías de la caverna.



Al mediodía almorzamos pescado, preparado de forma exquisita por Janequa. Las nubes empezaban a partirse, dejando ver tramos de cielo azul. Llamaba la atención la gran cantidad de aves que se dirigían, en bandadas, al sureste. Patos, perdices, halcones, golondrinas y también palomas, parecían participar en una masiva migración hacia el continente de Libia.

Comentamos los descubrimientos de la mañana, tanto de las profundidades como de las alturas de la caverna. Compartimos preocupaciones acerca del paradero de los demás compañeros de la expedición, en particular del barco seis, en el que viajaban Sutziake y Baraso. Guaire dijo estar convencido de que los barcos seis y siete, habiendo desviado su trayectoria al sur, estarían en algún punto de la costa de Libia, recuperando provisiones antes de volver a partir hacia el punto de encuentro.

Como su conjetura nos resultaba tranquilizadora, terminamos por aceptarla.



Avanzada la tarde, notamos una luminosidad especial en el cielo.

Las nubes se habían retirado y daba la impresión de que amanecía en vez de oscurecer. Desde la entrada de la caverna no alcanzábamos a ver el sol, que se estaba poniendo del otro lado de la montaña. Etxekide se alejó caminando unos dos campos,

volviendo la vista a cada momento, observando el cielo por encima de las cumbres. De pronto lo escuchamos gritar y corrimos para saber lo que ocurría.

Lo que vimos nos produjo una mezcla de pavor y admiración. En el firmamento no existía un sol, sino una aglomeración de pequeños soles. Formando la cabeza de una franja dorada que tornaba al blanco como una enorme nube luminosa.

La estrella viajante, partida en múltiples fragmentos, alumbraba el cielo como una gigantesca antorcha invertida, otorgando un espectáculo sublime, majestuoso, intimidante.

Permanecimos largo rato en silencio, abrazados unos a otros, contemplando la grandiosa presencia celestial que muy lentamente avanzaba hacia abajo, como queriendo ocultarse tras las montañas.

Nadie se atrevió a hablar, atentos al dictamen que, indudablemente, debía darnos Etxekide.

— Está muy cerca.— Fueron sus escuetas palabras.



De regreso a la caverna, estábamos intranquilos. Nos sentamos en la entrada, aguardando que oscureciera.

Pero no oscureció. La luminosidad continuó en aumento, hasta hacerse de día cuando debía llegar la noche.

Más aves viajaban hacia el sureste. Vimos correr conejos y cerdos salvajes en todas direcciones. Abejas y libélulas aparecían repentinamente en grandes cantidades, en vuelos circulares, nerviosos. Las hormigas trabajaban frenéticamente, portando huevos a otros refugios.

La consigna de Etxekide resultó sorprendente.

— Vayamos a recoger ciruelas.— Dijo de improviso.

— No será peligroso alejarnos de la caverna ahora ? — Objetó Nira.

Etxekide no se molestó en responderle. Recogiendo dos canastos salió caminando, decidido, hacia el bosque. Resignados, fuimos tras él.

Volvimos con los canastos cargados y con un conejo que Guaire atravesó con su arpón como si se tratara de un pez.

Traté infructuosamente de pedir a Etxekide un pronóstico de lo que estaba por ocurrir. Lo único que obtuve fue una sentencia incomprensible.

— Si llega a hacerse la noche, es una mala señal.

Janequa y Nira prepararon la cena. Cuando debería haber sido medianoche, comimos el conejo acompañado de salsa de ciruelas.

Más tarde, Etxekide volvió al bosque por leña. Aunque esta vez no pidió que lo siguiéramos, los varones lo hicieron, mientras nosotras procuramos ordenar y limpiar la caverna.

Pese a que sentíamos el cansancio, nadie quiso subir al dormitorio en aquella extraordinaria noche tan iluminada como un día. Permanecimos reunidos en la cámara principal, fingiendo entretenernos con los rezongos de las cabras, disimulando la ansiedad.



Día del Desastre

Suponíamos que estaría por llegar la madrugada, cuando finalmente se hizo la noche.

No fue un crepúsculo habitual, progresivo, sino que oscureció de forma brusca, repentina, como si una lámpara se hubiera apagado.

Las palabras de Etxekide resonaban en mi mente. "Si llega a hacerse la noche, es una mala señal". Lo observé ansiosa. Él no hablaba, pero en su rostro se leía una profunda preocupación.

Luego de que encendimos las lámparas, él fue a buscar un ovillo de hilo y cortó un segmento de un paso de largo. En uno de los extremos ató una pequeña piedra y en el otro, el mango de su cuchillo. Procedió a trabarlo en un intersticio entre dos rocas, próximo a la pared, de modo que la piedra quedara colgando. Después fue por un trozo de carbón de *eskritura*. Alejando la piedra, Etxekide dio inicio al movimiento del péndulo. Tras contar sesenta vaivenes, hizo una marca en la pared, y así siguió, absorto en los recorridos que se iban acortando.

Todos lo mirábamos con interés. Sabíamos lo que estaba haciendo, pero ignorábamos el motivo. Habíamos visto muchas veces a los estudiantes de astronomía utilizando el péndulo de un paso de largo. Etxekide lo había usado en mi casa en Sexta y me había explicado que los vaivenes son iguales en tiempo, sin importar si el recorrido es mayor o menor. Él lo había demostrado utilizando dos péndulos, uno de ellos describiendo vaivenes largos y el otro moviéndose en balanceos casi imperceptibles.

Era evidente que Etxekide asignaba gran importancia a medir el tiempo que estaba transcurriendo. Pero cuál era esa importancia ? Qué tendría que ocurrir para dar por terminada la cuenta ?

— Qué estás midiendo, Etxekide ?

— El tiempo.

— Hasta que suceda qué cosa ?

— No lo sabemos aun, Itahisa.

Las cabras continuaban inundando el silencio con sus balidos quejumbrosos. En ese momento me resultaron irritantes y lamenté no haberlas expulsado con violencia de la cueva. Nos acomodamos en un círculo, sobre las mantas en el piso. Etxekide no apartaba sus ojos del péndulo, agregando una marca a la pared cada sesenta idas o venidas de la piedra.

Había trazado siete marcas cuando empezamos a sentir calor.



Era sumamente extraño que el aire dentro de la caverna se tornara cálido antes de la madrugada. Pero no le otorgamos importancia. Simplemente nos fuimos quitando los escasos abrigos que llevábamos, mientras las bocanadas calientes continuaban entrando por la apertura principal y desde la cámara superior.

Rápidamente, en pocos balanceos del péndulo, el calor se hizo insoportable.

Nira se desvistió y fue a mojarse los cabellos en la lámina de agua que caía por una de las paredes. De a uno, la fuimos imitando, turnándonos para apoyar nuestros cuerpos desnudos en la roca fría. Con ello, no solamente aliviábamos la sensación sofocante, sino que podíamos regresar a la ronda en el piso, en tanto el aire caliente no volviera a secarnos por completo.

Aunque nadie se atrevía a afirmarlo, todos éramos concientes de que aquello que estábamos temiendo, había sucedido.

La estrella viajante, partida en múltiples soles, había caído sobre la Tierra.



Tras la decimoctava marca del péndulo, la tierra empezó a temblar.

Al principio fue como un ronquido, un ronroneo lejano que venía desde el piso, de algún punto remoto en las entrañas del suelo, pero lentamente comenzó a hacerse más intenso, hasta convertirse en una vibración de toda la montaña.

Desnudos y empapados, unimos nuestras manos en círculo, alrededor de la lámpara.

Nuestras caras reflejaban la angustia y la incertidumbre. Curiosamente, Nira era la que se mostraba más serena.

Fue Janequa quien dirigió las oraciones. Con mirada firme y voz algo temblorosa, pronunció:

— Diosa Ama, acuérdate de nosotros.

Todos repetimos.

— Diosa Ama, acuérdate de nosotros.

— Tú has creado el cielo y las estrellas, los valles, las montañas, los mares y los ríos. Los animales y las plantas. Tú nos has hecho partícipes de tanta belleza, testigos y protagonistas de tu Creación. Sabemos que la vida que has creado dará lugar a más vida cuando crucemos la Puerta para encontrarnos contigo. Si esa fuera tu voluntad, estaremos felices de cumplirla.

La voz de Janequa se quebró. Respetamos su pausa. Las rocas a nuestro alrededor trepidaban, sacudidas por una fuerza insospechable.

— Pero si tienes otros planes para nosotros, seguramente será para asistir a un nuevo acto de tu divina Creación. Seguramente será para alumbrar la Naturaleza con un nuevo esplendor. Si tu voluntad es que seamos partícipes de ello, estaremos felices de cumplirla.

El temblor de la tierra continuó aumentando. Algunos canastos cayeron al piso. Guaire corrió a sujetar las ánforas en posiciones seguras, para que no se quebraran al caer.

El calor se sentía abrasador. Peor que el más intenso mediodía de *uda* que hubiéramos experimentado en nuestras vidas. Remojamos nuestros cuerpos contra la pared y esparcimos agua en los lomos de las cabras, que parecían desmayadas.

Etxekide renunció a contar los balanceos del péndulo, afectados por el temblor de la montaña.

De regreso a la ronda, volvimos a unir nuestras manos, para que Janequa retomara la oración.

— Diosa Elkar, acuérdate de nosotros.

A coro, respondimos.

— Diosa Elkar, acuérdate de nosotros.

— Aquí nos hallamos, unidos, reunidos en tu Nombre. Acuérdate de Abian, nacido en Lehen. Ten presente a Nira, nacida en Biko, adoptada en Lehen. Fíjate en Etxekide, nacido en Sexta. Recuerda a Itahisa, nacida en Bosteko, adoptada en Sexta. Evoca a mi compañero Guaire, nacido en Lau. Y no olvides a tu leal servidora, Janequa, nacida en Lehen, adoptada en Lau. Los aquí reunidos provenimos de cinco de las siete ciudades de Atlantis, representamos la vivencia de esas comunidades. De los *klanak* de origen y de los *klanak* adoptivos. Queremos pedirte por ellos, por nuestras familias y por nuestros compañeros de expedición que están ahora, también, reunidos en tu Nombre, en otros lugares.

Esta última frase de Janequa derrumbó mi cuidada compostura. Lágrimas de aflicción y de pánico empezaron a fluir de mis ojos. Me cubrí la cara, soportando el aire caliente que me envolvía, tratando de ignorar las convulsiones de las rocas, aguardando que Janequa iniciara la tercera invocación, dedicada al Dios Egu.

Pero fue Etxekide el que habló.

— Tenemos que ir abajo.

— Qué dices ? — Preguntó Nira con asombro.

— No es posible soportar este calor.— Explicó — Abajo podremos estar sumergidos en agua fresca.

— De ningún modo voy a encerrarme en ese pozo para que la montaña se me caiga encima.— Discutió Nira en tono desafiante.

— Tenemos que ir todos abajo, Nira. Aquí nos vamos a derretir.

— Podemos apoyarnos en la roca mojada.— Insistió ella.

— No podemos apoyarnos todos. No cabemos.— Se enfureció Etxekide.

— Qué hacemos con las cabras ? — Apuntó Guaire, desoyendo a Nira.

— Las cabras, las gallinas y los alimentos. Todo abajo.— Ordenó mi compañero.

Movidos por un súbito impulso, por una repentina impaciencia, nos dispusimos a trabajar, pese al aplastante calor y a los furiosos temblores de las rocas.

No nos importó dejar inconclusas las oraciones de Janequa.

El aire que entraba a la caverna se sentía quemante. La montaña entera se sacudía, como si se tratara de algo frágil y liviano, como una brizna doblegada por el viento. Algunas agujas del techo empezaron a caer, partiéndose con estrépito al chocar contra el piso.

Pese a que nunca me había sentido tan aterrada, de algún lado saqué fuerzas para actuar con calma, cuando parecía que en cualquier momento las rocas se quebrarían sobre nosotros, sepultándonos.

Empezamos a darnos consignas a gritos, para sobreponernos al persistente ronquido de la montaña, a la confusa sensación de que el piso se moviera bajo nuestros pies, como si en vez de estar en tierra firme nos encontráramos navegando.

Los gritos se fueron cargando de sarcasmos, de palabras agresivas que en otra circunstancia no nos hubiéramos animado a decir. Terminamos cruzando insultos para espantar el pánico, para evitar paralizarnos por el miedo.

Con sogas fuimos descolgando canastos, jaulas y lámparas. Inmovilizamos a las cabras atando sus cuatro patas y también las hicimos bajar por el agujero. Luego descendimos, de a uno, tratando de convencernos que estaríamos más seguros confinados allá abajo, enclaustrados en aquel oscuro subsuelo, gozando del alivio de sumergirnos en el lago de agua fresca.

Nira continuó negándose, ante todos los esfuerzos que hicieron Abian y Etxekide por persuadirla. Finalmente accedieron a que ella se quedara en la cámara principal, apoyado su cuerpo contra la roca mojada.

El péndulo quedó en su lugar, sometido a las conmociones de la montaña, hamacándose en todas direcciones, midiendo tiempos indescifrables.



A poco de estar sumergida, comencé a sentirme mal.

La cabeza y el pecho me dolían, me costaba respirar.

Las paredes de la cueva se movían, amenazantes, como viniéndose encima. Para no verlas más, cerré los ojos.

Imágenes de mi madre Atissa y de mis hermanos en Bosteko pasaban por mi mente. Imágenes de la cabaña del tío Jacomar en el río de Sexta, escenas en la colina con Manindar, de Zebensui besándome en la playa y de Hagora dando el pecho a Sibissa.

Me abracé a Etxekide y procuré retener esas imágenes en mi mente, haciendo un esfuerzo por apagar mis sentidos, intentando detener mis pensamientos.



Desde la entrada de la caverna, Nira anunció que el horizonte empezaba a clarear. Que las nubes aparecían sucias. Y que de ellas caían cenizas, como lluvia seca.

De nuestro limitado cielo de la caverna caían murciélagos. Atontados como moscas, pasmados por el calor, desprovistos de los reflejos vitales para evitar ahogarse a nuestro alrededor. Uno de ellos se derrumbó sobre la cara de Janequa y ella reaccionó gritando, descargando alaridos de pavor, en un diálogo de chillidos que era contestado por Nira desde arriba.

Después de eso, debo haberme dormido. Estaba agotada.



Me despertó un ruido espantoso.

Que fue creciendo hasta hacerse más fuerte que el estallido de un trueno, una sucesión de estallidos, una cascada de estruendos agudos, ensordecedores. El cielo explotaba en pedazos sobre nuestras cabezas.

Guairé se veía pálido como un pescado, abrazando a Janequa, que lloraba sin consuelo. Etxekide se tapaba los oídos. No alcancé a ver a Abian.

El ruido pasó. Casi tan rápido como vino.

Se oían gritos lastimeros de Nira. Decía algo de árboles caídos.

Las paredes de la cueva insistían en caerse. Volví a cerrar los ojos.

El ruido pasó, pero la montaña continuaba temblando y el aire seguía siendo irrespirable.

— Las paredes, Etxekide, se caen, por favor.— Rogué sollozando.

— Tranquila, Itahisa. Tranquila — Dijo él, abrazándome con fuerza.

Acurrucada en sus brazos, traté de imaginar que lo que ocurría era nada más que un sueño, solamente una horrorosa pesadilla.



La siguiente vez que abrí los ojos, me sorprendió que las paredes no se movieran. Toda mi piel se veía arrugada por la prolongada inmersión. Se oían las arcadas de Nira y los llantos de Janequa.

Etxekide me ayudó a ponerme de pie.

— Debes salir del agua un momento.

— Las paredes ya no se mueven.— Respondí aturdida.

— Está parando, Itahisa.— Aseguró él.

— Está parando ? — Repetí incrédula.

— Sí. Creo que sí. Espero que sí.

Con dificultad, me trasladé a un rincón no inundado de la caverna. Toqué la roca para cerciorarme de que no se moviera. Aún vibraba y se sentía caliente.

— Qué le ocurre a Nira ? — Pregunté sin dejar de mirar a la pared.

— Hace rato que está vomitando.— Informó Etxekide en su estilo conciso.

— Y Abian ?

— Está arriba. Con ella.

— Qué fue ese trueno espantoso ?

— No lo sé. Pero ya pasó.

Tuve ganas de orinar. Sin agacharme, separé las piernas, con mis manos apoyadas en la roca. La cabeza me pesaba. Una sensación dolorosa se alojaba en mi estómago.

Quise que mi voz sonara firme, pero no lo logré completamente.

— No vamos a morir, entonces ?

Etxekide me miró con ternura. Se veía ojeroso y extenuado.

— Parece que no, Itahisa.— Respondió, intentando mostrarse confiado.



Un rato después, los varones treparon por la escalera, dejándonos solas.

Janequa tenía los ojos irritados por el llanto y temblaba. Sentí compasión y me acerqué, rodeándola con mis brazos.

Ella no hablaba.

— No vamos a morir, Janequa.— Dije, procurando animarla.

Su grueso cuerpo desnudo se sacudía en espasmos. Su cabeza estaba empapada de sudor. Sentí las pulsaciones que martillaban dentro de su pecho. Janequa simplemente besó el dorso de mis manos.

Levantando la vista, me fijé en la jaula de las gallinas. Ambas estaban muertas.

Observé las cabras, que permanecían con las patas atadas, parcialmente sumergidas. Todas parecían estar respirando, aunque con dificultad.

Las voces nerviosas y afligidas de los varones aumentaron mi angustia. Quise saber qué sucedía arriba. Guaire se asomó por el agujero, para ver cómo se encontraba Janequa.

— Qué hay ? Qué está pasando ? — Le pregunté.

— Es ... horrible.

— Qué es lo horrible, Guaire ?

— Afuera. Es ... tétrico. No puedo explicártelo.

— Baja por favor. Quédate un momento con Janequa.

Guaire hizo lo que pedí y me ayudó a subir los escalones colgantes. El aire en la cámara principal era mucho más caluroso y olía a quemado.

Nira se veía enferma, su piel enrojecida como si hubiera tomado mucho sol y más delgada que nunca, ensuciada en su propio vómito. Abian se encontraba a su lado. Me arrodillé frente a ella y le ofrecí mis manos en gesto de consuelo.

Al acercarme a Etxekide en el patio de entrada, quedé horrorizada. Aquel paisaje quedó grabado en mi memoria como el más repulsivo espectáculo que vieron mis ojos.

Los árboles, que el día anterior eran frondosos y verdes, aparecían quemados como por un descomunal incendio, los troncos y ramas ennegrecidos, sin hojas. La mitad de ellos estaban caídos, quebrados unos sobre otros. Los arbustos achicharrados, tostados, sin una sola nota de color. No se veían animales, ni aves, ni insectos, ni señales de ellos.

La pradera no existía, sólo el suelo yermo, cubierto por las cenizas grises que caían del cielo, como hojas en *neguberrí*. Y el cielo era un manto barroso, inmundado, que se extendía hasta el horizonte.

Todo se hallaba devastado, arrasado, quemado, destruido. Como si la tierra entera hubiera sido colocada en un horno de fundición. Era desolador.

Me di vuelta para evitarlo y apoyando mi cara en el pecho de Etxekide, lloré de amargura.



Dentro de la caverna, Nira seguía sufriendo náuseas y Abian volcaba agua en su cuerpo para limpiarla y refrescarla.

El péndulo se balanceaba solo, señal de que los temblores continuaban, aunque la vibración nos resultara irrelevante luego de lo que habíamos experimentado.

En el piso yacían piedras, guijarros y fragmentos de roca caídos del techo. También canastos y bolsos desparramados por distintos rincones. El tablón que usábamos de mesa estaba volcado, y debajo de él, jarros y platos quebrados. Todo se veía sucio de ceniza.

Pese a que me sentía débil y la cabeza me retumbaba, tuve el impulso de ponerme a ordenar. Etxekide me detuvo.

— No, Itahisa. No mientras continúe la lluvia de cenizas. Es inútil.

— Necesito hacer algo. Esto es un asco.

— Acompáñame arriba, veamos cómo quedó el dormitorio.

Yendo hacia la cámara superior, nuestros cuerpos desnudos transpirados se impregnaron de cenizas. La mugre se adhería a la piel y a los cabellos, tiñéndolos de negro.

El aire sucio y sofocante ardía en la garganta y nos hizo toser. Las mantas que habíamos dejado en el suelo estaban enterradas bajo una capa de polvo. Por el hueco del techo, que comunicaba con la repisa en el risco, caía un hilo, como una pequeña cascada de aquella escoria desagradable, formando una montaña en el piso que cubría parte de mis bultos. Fui a rescatarlos, mientras Etxekide examinaba el techo.

— Tenemos que subir al balcón. Vienes conmigo ?

Me aterraba la idea y dudaba de mis fuerzas para hacerlo.

— No podemos trepar sin la ayuda de Abian.

Etxekide se encogió de hombros. Supe que estaba decidido a acceder al risco con mi compañía o sin ella.

— Necesito refrescarme, tengo sed.— Agregué.

De regreso a la cámara principal, encontramos a Janequa que acababa de espantarse con el paisaje exterior y lloraba con Guaire, como yo lo había hecho un momento antes.

Nira se veía mejor luego de limpiarse y acomodarse los cabellos. Ocupé su lugar en la pared mojada para intentar quitarme las cenizas adheridas a mi cara.

Etxekide y Abian fueron a la cámara inferior a liberar a las cabras de sus ataduras y volvieron con uno de los canastos de ciruelas recolectadas previo al desastre.



Comimos en silencio, masticando también las terribles experiencias vividas.

Sentía confuso el tiempo. No sabía si era de mañana o de tarde. La noche que no había sido noche. El sol indistinguible detrás de la capa asquerosa de nubes cenicientas.

La tierra seguía temblando. Ya me acostumbraba a la vibración como si hubieran transcurrido muchos días desde que había comenzado a roncar bajo nuestros pies.

La tensión sufrida durante la noche se manifestaba ahora en distintas partes de mi cuerpo. Los músculos me dolían como si hubiera remado varias jornadas.

No podía evaluar la gravedad de lo sucedido. Estábamos vivos. Si lo estábamos por una serie de circunstancias extrañas, asombrosas, no me atrevía a reconocerlo.

Tampoco a dejar salir los temores acerca de lo que habría ocurrido a nuestros amigos en otras cavernas.

Ellos debían estar bien. Todos debían estar bien.



— Por unos cuantos días, — habló Abian — no podremos cazar, ni pescar, ni recolectar.

Nos costó asimilar aquel pronóstico. Contando con alimentos para sólo dos o tres días, dependíamos de lo que la Naturaleza pudiera brindarnos. Y la Naturaleza, allá afuera, parecía definitivamente estéril.

— Tenemos las cabras.— Apuntó Guaire.

— Sí, pero morirán de hambre.— Replicó Etxekide.

— No quedará pasto en algún rincón, bajo las cenizas ? — Quise ilusionarme.

— Es dudoso. Tendríamos que salir a buscar. Por ahora no es posible. Hace demasiado calor afuera y el piso está caliente. Nos quemaríamos al caminar.

— Qué se te ocurre, entonces ?

— Primero, debemos saber cómo ha quedado el valle del otro lado de la montaña. Desde el risco podremos ver si han quedado zonas verdes.

— Si las hubiera, cómo podríamos llegar a ellas ? — Preguntó Nira, saliendo de su mutismo.

Etxekide la miró intrigado.

— Qué quieres decir ?

Los ojos de Nira mostraban abatimiento.

— Ustedes creen que la *txalupa* está donde la dejamos, pronta para ser botada al río ?

Tampoco habíamos considerado aquello. Pero era probable que Nira estuviera en lo cierto. Difícilmente nuestro barco se hallara en condiciones de navegar.

— En cuanto el calor disminuya, tenemos que ir al lago.— Señaló Abian.

— Recuerdo haber visto nogales cerca.— Recordó Guaire en un asomo de entusiasmo.

— Qué hay con ello ? Estarán quemados, como todos los árboles.

— Sí, pero estoy hablando de las frutas. Las pulpas se habrán derretido, sin duda. Pero quizás las nueces puedan comerse.

— Cierto.— Aprobó Etxekide.

Janequa hizo un gesto solicitando hablar. Desde que los temblores de la montaña habían interrumpido sus oraciones, sólo habíamos escuchado sus llantos y lamentos.

Aguardamos a que encontrara las palabras.

— Etxekide.— Pronunció finalmente.

Su voz sonaba quebrada.

— Sí, Janequa.

— Crees que ... esto ... ha terminado ?

Etxekide la miró con una mezcla de compasión y tristeza. Fue cauteloso en su respuesta.

— Aún no podemos saberlo con certeza.



Después de comer, fuimos otra vez a la cámara superior donde Abian ayudó a Etxekide a trepar por la galería. Al primer impulso, la cuerda que habíamos dejado colocada el día anterior, se quebró por hallarse chamuscada en su extremo. Etxekide cayó encima de Abian, enterrándose ambos en la montaña de ceniza.

En un segundo intento, fue Guaire el que intentó ascender, pero desistió rápidamente porque las paredes calientes le quemaban las manos.

Pero Etxekide estaba determinado a subir. Mojó las ropas antes de vestirse y envolvió sus pies y manos en paños empapados. Con gran esfuerzo logró acceder a la repisa y afirmar nuevamente la soga para que pudiéramos seguirlo.

Guaire quiso ir con él. Me quedé junto a Abian esperando por las noticias que irían a darnos con respecto al estado del valle en la ladera oeste de la montaña.

Al pasar mucho tiempo sin que ellos regresaran, empecé a sentirme intranquila. Qué podía ser lo que les llevaba tanto rato observar ? Armándome de valor, me puse la *brusa* empapada y calcé mis sandalias, antes de treparme a los hombros de Abian, para iniciar el dificultoso ascenso por la caldeada galería.

Impregnada de pies a cabeza por la ceniza que se adhería a mi cuerpo y a mi ropa, y jadeando por el esfuerzo y el calor, me reuní con Guaire y Etxekide en el balcón sobre el precipicio.

El paisaje era igual de horroroso, sin notas de verde, en una enorme extensión de árboles caídos. El valle gris y las nubes sucias, hasta donde alcanzaba la vista. Los otros afluentes del río Tartessos eran más distinguibles, porque la vegetación de sus riberas había desaparecido.

Del cielo seguían cayendo cenizas, como si en algún punto remoto, una fuerza formidable estuviera barriendo los restos de un incendio.

El viento cálido nos daba de lleno, haciendo soportable el calor y trayendo el aroma del paisaje quemado que se presentaba ante nuestros ojos. Observé que todos los árboles yacían torcidos en una misma dirección, apuntando hacia nosotros, hacia el este. El golpe de viento, o lo que fuera que los había abatido, había venido desde el oeste, desde el mar.

No entendí en ese primer momento qué retenía a los varones, que observaban fijamente al horizonte.

— Qué están queriendo ver, chicos ? Todo es horrible. Nada ... alentador.

Ellos simplemente señalaron al oeste, donde las dunas anunciaban la costa.

— Qué hay ? — Pregunté, sin descubrir algo llamativo.

Etxekide no contestó. Guaire fue un poco más gentil.

— En el horizonte, Itahisa, hay una extraña franja, más azul.

Forzando la vista, logré divisar una línea mínima sobre el horizonte.

— Es el mar.— Afirmé, quitándole importancia.

— Sí. Nos parece lo mismo. Pero ayer no se veía el mar desde aquí, no?

No recordaba haberlo visto el día anterior. Traté de hallar una explicación, pero no se me ocurrió. Recordé la noche que Etxekide había distinguido fragmentos en la estrella viajante y confié en su maravillosa vista.

— Qué ves, mi amor ?

Él refunfuñó.

— Qué dices ?

— Se está agrandando.

— Cómo !

— Hace rato que estamos observándola, Itahisa. Créeme que esa franja se ha ido engrosando.

Permanecí un momento en silencio, procurando verificar lo que mi compañero afirmaba. La línea azul se me antojaba simplemente una franja del mar que, pese a la gran distancia, era visible desde la altura en la que nos encontrábamos.

Empecé a impacientarme. Cuando iba a sugerir regresar a la caverna, leí la expresión en el rostro de Etxekide. Se veía rígido, tenso, como advirtiendo un inminente peligro. Quise saber qué le pasaba.

— Qué ocurre ?

Él demoró en responderme.

— Esto no ha terminado, Itahisa.

Recordé la pregunta que le había hecho Janequa. Un nudo de angustia se me formó en el pecho.

— Qué ... estás viendo ?

Etxekide no apartaba su vista del horizonte.

— El mar ...— Empezó a decir y se detuvo.

— Por favor, Etxekide.

— La única explicación de que podamos verlo desde aquí, es que esté mucho más alto. Como cuando desde el mar alcanzamos a divisar una costa montañosa en el horizonte. Pero no puede haber montañas de agua, a menos que ...

No sabía si quería escucharlo terminar la frase.

— ... a menos que sea una ola gigante, tan grande como una cadena de montañas.

La idea me sonó absurda.

— No es posible.— Discutí.

— Es lo único que ... se me ocurre.— Replicó Etxekide arrastrando las palabras.

— No tardaremos en saberlo.— Acotó Guaire — Si así fuera, no hay duda que viene hacia el continente. Hasta dónde podría llegar ?

Etxekide demoró en responder, aparentemente concentrado en estimar las dimensiones del vasto paisaje.

— Hasta la aldea de los pastores, sin duda.— Conjeturó por fin.— Lo que me pregunto es ...

Leí en su rostro que no se decidía a compartir su preocupación.

— Lo que te preguntas es ... ? — Traté de animarlo.

Él me miró apesadumbrado, antes de completar la frase.

— Me pregunto si quedan pastores vivos en la aldea.

La imagen de los simpáticos pastores y sus alegres niños vino a mi mente. No podía pensar que todos hubieran muerto, carbonizados como los árboles que veíamos en el valle. Y más espantoso era que hubieran sobrevivido, para que una ola del tamaño de una montaña arrasara su aldea.

Sentí náuseas. Hice un esfuerzo por serenarme.

— Etxekide.— La voz me salió quejumbrosa.

— Sí, Itahisa.

— Estamos ... seguros aquí ?

Él me envolvió en sus brazos.

— Sí, preciosa.— Dijo para calmarme.



Tuve que admitir que el descomunal muro de agua, efectivamente, se acercaba.

La franja azul fue haciéndose más y más visible, mientras la observábamos alertas, en tenso silencio.

— Aquí viene.— Anunció Guaire.

— Está tomando las dunas.— Ratificó Etxekide.

Aunque lo veía con mis propios ojos, me resistía a aceptarlo. Aquella fenomenal montaña de agua devoraba las dunas y avanzaba, como si el mar entero desbordara hacia el continente. Grité de pánico y sentí que Guaire me sujetaba.

La muralla de mar parecía tan alta como la montaña en la que estábamos y daba la impresión de que nada podría detenerla en su avance devastador. Etxekide trataba de aplacar mis alaridos, imponiendo sus propios gritos a los míos. De abajo nos llegaban, lejanos, los llamados afligidos de nuestros compañeros, queriendo saber qué estaba ocurriendo.

En poco tiempo las dunas que nos había llevado media jornada recorrer, desaparecieron del horizonte.

Empezó a escucharse un rugido distante, el bramido del mar avanzando a una velocidad increíble, inundando el extenso valle, como la marea tomando una pequeña playa. La ola gigante engullía todo a su paso, haciendo desaparecer árboles, ríos y colinas con voracidad implacable.

— No llegará hasta aquí, Itahisa, no llegará hasta aquí.— Repetía Guaire.

Pero continuaba aproximándose. Con fuerza inconcebible, la marea azul venía hacia nosotros. La mitad del paisaje quedó oculto tras la pared de agua.

— Vámonos, vámonos ! — Grité con desesperación, tratando de llevarme a Etxekide de aquel lugar, queriendo huir de la amenaza que se aproximaba.

Pero él no se movió de allí, aferrándose con su abrazo.

El bramido se hizo atronador, pavoroso. Aquella montaña iba a chocar contra la nuestra. La de agua contra la de roca. Rogué que sus cumbres encrespadas no fueran tan altas como para alcanzarnos.

Si así fuera, nada podríamos hacer para escapar. Sería el fin de nuestros días, el horroroso final que nos llevaría a cruzar la Puerta.

El cuerpo me temblaba y sentí que mis propias inmundicias ensuciaban mi entrepierna. El cuerpo de Guaire, a mi lado, también se estremecía.

— No llegará hasta aquí, Itahisa, no llegará hasta aquí.— Repetía.

Tuvimos la masiva montaña de dos campos de altura enfrente, rugiendo como un trueno en todo el ancho del valle. En los últimos instantes, ascendiendo los tramos más cercanos, la ola gigantesca empezó a disminuir.

Tendría menos de un campo de altura en el instante en que impactó con gran estruendo en la base de la montaña, bajo nuestros pies, haciéndola temblar. Estallando en una gran nube de espuma que ascendió hasta el risco, empapándonos.

Luego, comenzó a retroceder.



Me abracé a Etxekide y a Guaire y lloré.

Lloramos los tres, de pánico, de horror y de alivio. Habíamos visto a la muerte, frente a frente, en nuestra cara. Pero su furia no había llegado a lastimarnos. Solamente nos había besado. Y aún estábamos vivos. Era increíble. Por qué capricho de los Dioses se nos había sometido a una prueba tan extrema ?

Desde la caverna, llegaban los gritos angustiosos de Abian. Fue Etxekide el primero en reponerse para anunciar que los tres estábamos bien.

Allá abajo, el reflujó de la ola dejaba ver nuevamente el valle arrasado, llevándose consigo árboles y ramas, y dejando un tendal de peces muertos. Atunes y delfines descuartizados, hundidos en el barro de cenizas. Y ballenas con palos ensartados en sus lomos, provocando lagos de sangre a su alrededor.

Lo que hasta el día anterior era un paisaje hermoso, exuberante en vegetación, ahora se presentaba como un espectáculo exuberante de muerte y destrucción.

El verde había sido desplazado por el barro ceniciento. Los árboles habían sido barridos, primero por el estallido del aire de la madrugada, y más tarde, por la descomunal embestida marina del tamaño de una cadena de montañas.

Al retirarse el mar, pudimos volver a distinguir los distintos ramales del río Tartessos. Sus trazos eran más reconocibles, engrosados por transportar el agua salada que escurría por todos los confines del valle.

Quedamos absortos en el retroceso de las aguas, anhelando que en algún lugar hubiera quedado un rincón verde, una reserva de vida entre los estragos.

Transcurrido un tiempo, pareció que el reflujó se iba enlenteciendo. Aunque a tanta distancia era imposible evaluarlo con certeza, algo nos resultaba incomprensible. Las dunas no aparecían en el horizonte. Creímos verlas por un instante, pero de inmediato habían vuelto a desaparecer devoradas por la franja azulada del mar. Como si éste hubiera retrocedido y vuelto a avanzar, esta vez en forma menos grandiosa, pero implacable.

Nos quedamos observando aun cuando notamos que empezaba a oscurecer. Las dunas de arena no volvieron a verse, la franja marina no continuó su retroceso ni volvió a avanzar. Se detuvo allí, a unas treinta carreras de distancia, donde daba comienzo el valle, por encima de los puntos de bifurcación del río.

El extenso territorio de dunas había quedado sumergido, pasando a formar parte del lecho marino. Los distintos ramales del río Tartessos ya no se unían para llegar al mar en un único afluente, en aquella única boca fijada como lugar de encuentro con nuestros compañeros de expedición. Las distintas ramas desembocaban ahora en una costa más próxima, en puntos diferentes.

El mar había tomado parte del continente. El Tartessos ya no era un río, sino varios.



Cubiertos de una costra de agua salada y cenizas, iniciamos el descenso hacia la caverna, donde Abian, Janequa y Nira nos esperaban preocupados.

Luego de calmar la sed, hicimos un relato abreviado de cómo la montaña de mar había devorado el valle y llegado hasta golpear y deshacerse bajo nuestros pies.

Volvimos a reunirnos en ronda, en la cámara principal, iluminados por las lámparas. Nadie quiso hablar. Ni siquiera Janequa se sintió de ánimo para dar inicio a las oraciones. Solamente coordinamos cuestiones simples, referidas al orden y la higiene de la caverna.

No queríamos pensar en lo ocurrido. No lo entendíamos.

El aire continuaba caliente. De a poco, el agotamiento fue venciéndonos.



Día Dos

Cuando Etxekide me despertó, me dolía la cabeza. Afuera, el amanecer podía adivinarse detrás del espeso manto de nubes casi negras. En menor cantidad continuaban lloviendo cenizas. El calor era insoportable.

Los varones se aprontaban para hacer una excursión. Intentarían llegar al lago, en procura de nueces u otros alimentos. Me sentí incapaz de acompañarlos. Lo mismo le pasaba a Janequa y a Nira. Después que ellos partieron, las tres quedamos en silencio, casi sin movernos, excepto para refrescarnos alternadamente contra la pared mojada.

Mi mente deambulaba por recuerdos.

El agrio enfrentamiento entre Janequa y Nira previo a la tormenta. El embarazo de Aremoga y la discusión de los *maisuak*. La opción de Sutziake de cambiar de *txalupa*, reemplazando a Oihane como pareja de Baraso.

Vino a mi memoria la imagen de Baraso en el bosque de Sexta, afligido tras su experiencia. Él había visto "cosas horribles" en su viaje y no había querido contarlas. Por ello se había decidido a venir con nosotras, a acompañar a Oihane, a ser su pareja. Y ella lo había terminado rechazando, yéndose con Guadarteme.

Estos episodios menores del pasado empezaban a dolerme, a molestarme. Aunque yo quisiera apartarlos, regresaban, invadiéndome de una inexplicable sensación de responsabilidad, de pesadumbre.

Al mismo tiempo, una profunda intranquilidad me gobernaba. No podía alegrarme de estar viva. Presentía que los desastres aún no habían terminado. Que en cualquier momento la tierra volvería a temblar o el mar a venirse sobre nosotros. Una catástrofe más espantosa podía ocurrir en cualquier instante.

A mi lado, Janequa rezaba en voz baja, invocando a la Diosa Ama.

Nira le dirigió una mirada de fastidio.

— La Diosa Ama se ha olvidado de nosotros.— Dijo despectivamente.

Janequa ignoró la blasfemia y continuó sus oraciones.

— La Diosa Elkar se ha olvidado de nosotros.— Insistió Nira.

— Puedes guardarte tus comentarios.— Traté de silenciarla, irritada.

— El Dios Egu se ha olvidado de nosotros.— Me respondió en un tono a la vez desafiante y abatido.

Resolví no contestarle. No me hallaba de ánimo para discusiones religiosas. La cabeza seguía martillándome. Me levanté y tomando una ciruela, caminé al patio de entrada para esperar por el regreso de los varones.

El aire afuera era aun más sofocante. El paisaje muerto me causaba pena. Pero necesitaba apartarme de Nira. Su pesimismo lúgubre, desmoralizante, me alteraba, me sacaba de quicio.

Que la vegetación estuviera quemada, carbonizada, era muy triste. Pero más de una vez en mi infancia había visto campos luego de un incendio. Sabía que con las primeras lluvias, el verde volvería a brotar. La ausencia de animales me provocaba una congoja intolerable. No se veían conejos, ni lagartijas, ni pájaros, ni siquiera insectos.

Dirigí la vista al sur, donde los varones deberían estar sorteando árboles caídos, resistiendo el calor, en procura de algún alimento. Ninguna señal de ellos. Ninguna señal de vida. Las cenizas continuaban cayendo del cielo sucio.

Las sentencias fatales de Nira resonaban en mi mente, atormentándome.

Los Dioses se habían olvidado de nosotros.

Con la cabeza entre mis piernas, lloré largo rato en silencio.



Reaccioné como si me hubieran golpeado al escuchar un zumbido cercano a mi oído. Ahí estaba ! una mosca ! bendito insecto ! Nunca pensé que me podría dar tanta alegría una insignificante mosca.

Me incorporaba a transmitir la noticia, cuando advertí algo en el horizonte, un pequeño punto que se movía en el oscuro mar de nubes. Quedé allí detenida, concentrada en determinar lo que mis ojos veían. No era un solo punto, sino varios y se acercaban.

En pocos instantes se despejaron mis dudas. Era una bandada de aves de gran tamaño.

Eran buitres.



Llamé a gritos a Nira y a Janequa para que asistieran al espectáculo de las aves regresando. Ellas vinieron de inmediato. Las tres contemplamos el vuelo de los buitres sobre nuestras cabezas, yendo hacia el otro lado de la montaña, hacia el valle arrasado por el mar.

— Van a comer los peces muertos.— Conjeturó Nira.

— La muerte da lugar a la vida.— Reflexionó Janequa — Los Dioses así lo han dispuesto.



Los varones llegaron mucho más tarde, cuando empezaba a oscurecer. Cubiertos de tizne de pies a cabeza, desesperados de sed, con las piernas raspadas y heridas.

Aun así, se veían animados. Descargaron una bolsa de nueces tostadas, otra con pequeñas lonjas de grasa y un gran fardo de pasto que, increíblemente, estaba verde.

Contaron que al llegar al lago se habían refrescado en sus aguas. Si bien todo el terreno alrededor estaba quemado, los pastizales sumergidos en sus orillas permanecían verdes y allí habían cosechado el alimento para las cabras. También habían encontrado cantidad de peces muertos, algunos de gran porte, de los que habían extraído la grasa.

Por sus caras, adiviné que algo más quedaba por contar y no se atrevían a hacerlo.

— Qué pasó con la *txalupa* ? — Pregunté con temor.

Los varones cruzaron miradas. Abian se animó a dar la mala noticia.

— Un gran árbol cayó encima de ella, partiéndola al medio. No creemos que sea posible repararla.

Un silencio espeso se produjo mientras asimilábamos el dolor de haber perdido nuestro barco. Sin él, nos hallábamos irremediabilmente condenados a esperar que otros nos encontraran. Quizás nuestros compañeros de expedición pudieran ascender el río y advertir la vela que habíamos dejado tendida como señal de nuestra presencia.

— Y la bandera ? — Quise esperanzarme.

Los varones negaron con sus cabezas, apesadumbrados.

— Ni rastros de ella. Tampoco encontramos la de repuesto.— Dijo finalmente Etxekide.



El resto de la jornada, trabajamos en la cámara inferior.

Volvimos a atar las cabras y las izamos de regreso hacia la sala principal. Quedamos conformes cuando ellas empezaron a comer el pasto rescatado en el lago. Limpiamos la cueva inferior de inmundicias y murciélagos muertos, para proteger la limpieza del depósito de agua.

Janequa y Guaire recogieron ramas del terreno inmediato para acopiar leña. Nira y yo calentamos la grasa para producir un aceite pestilente que nos proporcionaría luz durante varias noches.

Luego cenamos los restos del conejo con ciruelas y nueces. Sabíamos que, con excepción de las nueces torradas y las cabras, no nos quedaba alimento alguno y era poco probable que pudiéramos obtenerlo, pero nadie quiso agregar preocupación al respecto.

Cuando Janequa dirigió las oraciones, Nira se retiró al patio de entrada.



Día Tres

Teníamos la esperanza de que las cabras dieran leche luego de haber comido la noche anterior, pero sólo obtuvimos unas gotas de sus ubres. Eso nos obligó a desayunar únicamente las pocas ciruelas que quedaban.

Ello no fue lo que más nos preocupó en la mañana del día tres. El agua de la pared de la caverna que utilizábamos para refrescarnos y beber, ya no era fresca ni abundante. La lámina se había reducido notoriamente durante la noche y la poca que continuaba bajando, se notaba tibia. Era una muy mala noticia puesto que el calor no cedía, sino que por el contrario, el aire se sentía aun más asfixiante que antes.

El cielo continuaba cubierto de nubes de escoria.

Esta vez me hice de valor para acompañar a Etxekide y a Guaire en su excursión al lago, mientras que Abian se quedó con Janequa y Nira.

Humedecemos paños, mojamos nuestras ropas y cargamos tanta agua como pudimos en los estómagos de oveja, antes de partir en marcha pausada hacia el sur.

El trayecto de apenas treinta campos se nos hizo interminable. En todo momento nos golpeaban los olores fétidos de carnes en descomposición. Debíamos parar de continuo para volver a mojarnos y el calor que emanaba de las rocas del camino nos quemaba desde abajo.

El bosque en el que habíamos pasado una noche se hallaba irreconocible. Las ramas y troncos ennegrecidos impedían el avance a cada paso, por lo que nos resultó extremadamente arduo atravesar el terreno. No nos dimos tiempo para buscar nueces

entre las cenizas. Solamente el estímulo de llegar al lago y bañarnos en agua fresca, hizo posible que completáramos el agotador recorrido.

En las márgenes del lago e incluso flotando sobre él, gran cantidad de nutrias y peces muertos brindaban una imagen dolorosa. Muchas moscas y pocos buitres acometían la abundante carroña. Tratando de no verlos, nos internamos sin quitarnos la ropa, hasta sumergirnos enteramente. El agua no estaba fría, pero igualmente se sentía agradable.

Con el agua por la cintura trabajamos en los pastizales. Tomando un haz de fibras con una mano, las cortábamos a cuchillo por su base. Sosteníamos lo cosechado en los hombros hasta reunir un atado, que depositábamos en la orilla. Cerca de los restos de la *txalupa* destruida por el grueso árbol que se había derrumbado sobre ella.

Cargados con los fardos, el viaje de vuelta a la caverna fue más penoso que el de ida. Antes de llegar nos dolían los pies. Al quitarnos las sandalias comprobamos que teníamos las plantas ampolladas debido al calor. Las piedras del camino estaban tan calientes que nos habían quemado a través del grueso cuero de las sandalias.

Pero el dolor de las quemaduras resultaba irrelevante frente al hambre que empezábamos a sentir. Unas pocas nueces carentes de sabor, fue todo lo que pudimos llevar a nuestras bocas a modo de almuerzo.

La determinación fue ganando adeptos en el transcurso de la tarde.

Antes de oscurecer, degollamos a la primera de las cabras.



Día Cuatro

La situación continuó empeorando.

El agua dejó de caer por la pared de la caverna. Las cabras tampoco dieron leche.

Los pies nos dolían a tal extremo que nos resultaba imposible caminar. Procuramos convencer a Janequa y a Nira de acompañar a Abian al lago, pero ellas se negaron. Él se ofreció a hacerlo solo. Atamos cada una de las sandalias a otra, de modo de duplicar la suela, esperando que ello fuera suficiente para proteger sus pies de las caldeadas piedras del sendero. Luego vimos marcharse al gigante, con su ropa chorreando, cargado de agua para el camino.

El cielo oscuro se obstinaba en no darnos otra cosa que aquella persistente, asquerosa, lluvia seca de cenizas.

Sin chance de mojarnos en la sala principal, pasamos la mayor parte de la jornada en la cueva inferior, transportando cada tanto un poco de agua hacia arriba, para refrescar a las once cabras, que apenas respiraban.

El malhumor fue adueñándose de nosotros. Nira únicamente hablaba para quejarse, al punto que Etxekide y Guaire empezaron a molestarse con ella. En ausencia de su compañero y protector, Nira no se animó a devolver las agresiones como hubiera sido esperable de su talante pendenciero. Janequa por su parte no hablaba, pero se veía agitada. De su cabeza brotaban gotas de sudor que le caían por la cara. Su abultado

pecho subía y bajaba, jadeando ante el mínimo esfuerzo. Observando a una y a otra, me sentí conforme de que Abian hubiera ido al lago sin ellas.

Etxekide buscó una tabla y procedió a afirmarla vertical en el punto de mayor profundidad del depósito de agua. Con su cuchillo hizo una marca en la madera para indicar el nivel de la superficie, que resultó de unos treinta y cinco dedos. Comprendimos de inmediato su preocupación. Aunque la reserva fuera extensa, ya no se alimentaba. Era vital saber si comenzaba a vaciarse y a qué ritmo lo hacía.

Contemplé a mi compañero con ternura, mientras se ingeniaba para dejar el listón de madera sostenido en el punto de medición de profundidad. Él y sus extraños dispositivos para medir cosas. Cuatro días atrás había querido medir el tiempo transcurrido hasta que el calor y los temblores hicieron evidente que la estrella viajante había caído. Los múltiples soles habían estallado, incendiando la tierra sin necesidad de fuego. Y provocando una gigantesca ola que había llegado a las costas de Euriopa media jornada más tarde. Sabía que Etxekide intentaba descifrar aquellos tiempos. De ellos se podría deducir qué tan lejano había sido el impacto. Pero no me animaba a preguntarle por sus conclusiones. Si él no las compartía conmigo, era porque no se hallaba seguro.

Abian llegó al atardecer con un gran fardo de pasto y los pies ampollados pese a la doble suela. Dado que las cabras estaban comiendo muy poco, evaluamos que no sería necesario ir al lago los días siguientes. Teníamos alimento suficiente para ellas por dos o tres días y acopiar más cantidad no justificaba el suplicio de quemarnos los pies.

El gigante transmitió un cuadro triste del entorno del lago. Habló de que las moscas y los buitres se habían adueñado del paisaje, del fétido hedor de la carne descompuesta que provocaba náuseas, de la escasez de vegetación sobreviviente y de la penosa presencia de la *txalupa* arruinada.

Después de la cena, que consistió inevitablemente en costillas de cabra asadas, escuchamos los primeros aullidos.



Día Cinco

Al principio se sentían lejanos, pero igualmente nos sobresaltamos. Fuimos a la entrada de la caverna, pero nada pudimos ver en la oscuridad. Empezábamos a tranquilizarnos en el momento que oímos ruidos de ramas. De inmediato descubrimos varios pares de ojos rojizos.

Supimos que eran lobos cuando volvieron a aullar, esta vez a pocos pasos.

Caminaban de un lado al otro, mirando hacia la entrada de la caverna. Se veían flacos y hambrientos. Seguramente venían rastreando el olor de la carne asada desde algún punto remoto. A la luz de las lámparas alcanzamos a ver sus fauces, mientras exhibían los colmillos en forma amenazadora.

Advirtiendo nuestra presencia, se mantenían agrupados a distancia, pero sus movimientos anunciaban que no renunciarían a su alimento.

Al alimento que estábamos protegiendo. La carne de las cabras.

Comprendimos de inmediato que estábamos en peligro. Los varones se apostaron en la entrada y nosotras fuimos a atar las cabras para volver a descenderlas hacia la cámara inferior.

Janequa y yo asumimos la tarea de amarrar las once cabras. Pedimos ayuda a Etxekide para bajarlas, puesto que Abian, que era el más fuerte, empuñaba la única hacha que teníamos y Guaire era el más diestro en el manejo del arpón.

Uno de los lobos se acercó a la entrada, gruñendo y mostrando sus grandes colmillos.

Nos quedamos paralizados, observando al gigante Abian que se mantenía impertérrito, permitiendo que la bestia se le aproximara. Vimos su brazo elevarse mientras el lobo se aprestaba a saltar sobre él y luego cómo el hacha caía en la cabeza del animal, partiéndole el cráneo. Oímos el agudo chillido de la instantánea agonía, el silbido del arpón de Guaire alcanzando el vientre ya exánime, provocando chorros de sangre que salpicaron el cuerpo desnudo de Abian, seguido del grito aterrorizado de Nira y los gruñidos de los demás lobos que retomaban prudente distancia al advertir el riesgo de muerte.

En el rostro de Abian se dibujó una sonrisa de conformidad. Noté que los vellos de sus brazos estaban erizados. Guaire recuperó el arpón hundido en las entrañas del animal muerto. Nira tuvo que apoyarse en una roca para mantenerse en pie. Sus piernas se tambaleaban.

Después de eso, tuvimos tiempo para iniciar el descenso de las cabras.

Cuando habíamos llevado cinco de ellas al recinto inferior, los lobos se decidieron a atacar. Por encontrarme abajo, no pude ver la escena.

Pero escuché los gritos. Los balidos espantosos de las cabras al sufrir las mordidas. Los estertores de los lobos al ser heridos por los arpones. Más gritos de Janequa y de Guaire. Cuando atiné a trepar los escalones, Etxekide me pidió desesperadamente que no subiera. Me quedé inmóvil a mitad de la escalera escuchando otros golpes, chillidos y llantos.

Hubo un breve silencio. Seguido por el lamento de Nira y los sollozos de Janequa. Terminé de escalar y asomé mi cabeza. Por todas partes se veía sangre. Dos lobos y tres cabras yacían en el piso, retorciéndose, heridos de muerte. Abian y Etxekide estaban rociados de sangre de los pies a la cabeza. Guaire abrazaba a Janequa que gemía de dolor. Nira temblaba, pálida, encorvada, en un rincón oscuro, cerca de otras dos cabras que continuaban vivas.

Acercándome a Janequa pude ver su pierna sangrante. La mordida le había desgarrado la piel y su carne estaba expuesta. Grité de compasión al verla.

— Mataron a cuatro y se llevaron a una. — Informó Abian sin mirarme.

— Mordieron a Janequa.— Complementó Etxekide, entre furioso y culpable.

— Y a ustedes ? — Pregunté angustiada, buscando heridas en sus cuerpos cubiertos de transpiración y salpicados de sangre.

— Estamos bien.— Trató de tranquilizarme Etxekide.

— No volverán por un rato.— Aseguró Abian tenso, con el hacha ensangrentada apuntando a la entrada.

— Necesitamos agua, Itahisa.— Dijo Guaire en voz baja.

— Eran siete, matamos a tres, pero otros dos están heridos.— Continuó hablando Abian, dándonos la espalda.

No sé cómo pude recuperar el aplomo. Hubiera querido desmayarme como Nira o llorar junto a Janequa. Pero me compuse y recobré la serenidad. Yo era la única *Maisu* en Medicina y era apremiante curar las heridas de Janequa. Fui por un ánfora de agua y comencé a limpiar su pierna.

Busqué entre los equipajes un pequeño tarro de crema de papayas y apliqué el ungüento en las incisiones, de las que continuaba manando sangre. Desgarré unos paños y procedí a vendar la pierna lastimada.

Dejé a Janequa en compañía de Guaire y fui a examinar a Etxekide. No tenía heridas. Hice lo mismo con Abian, le pedí que se sentara y volqué jarros de agua sobre su cabeza, limpiando con un paño su enorme cuerpo. Entonces pude advertir unos cortes en su *esku-ona*, pero él les restó importancia. Igualmente repetí el tratamiento, esparciendo la crema y colocando un vendaje en sus dedos, de modo que no le impidiera manejar el hacha en caso de ser necesario.

Más tarde, sentados en ronda, nos reunimos a evaluar la situación.

Cuatro lobos habían logrado llevarse a una de las cabras. Eso les quitaría el hambre por un par de días. Dos de ellos habían sido heridos, quizás de muerte. No obstante, no estaríamos seguros en la cámara principal, a menos que halláramos un modo de bloquear la entrada. Y ello sería imposible hasta la madrugada. Por lo que, al menos por esa noche, dormiríamos en la cámara inferior. Janequa no se hallaba en condiciones de bajar los escalones colgantes, por lo que tendríamos que amarrarla y hacerla descender del mismo modo que a las cabras.

De las doce cabras que se habían refugiado en la caverna, solamente siete quedaban vivas.



Apenas empezó a clarear, nos dispusimos a trabajar en la empalizada.

Janequa, que se hallaba muy dolorida por las heridas de su pierna, no se movió de la cámara inferior y debimos turnarnos para hacerle compañía.

Los varones recolectaron grandes ramas y afilaron sus puntas con el hacha para producir las estacas. Luego las fuimos enterrando en arco delante del patio de entrada, dejando un pequeño espacio para la puerta. Ésta fue improvisada por Etxekide, tejiendo ramas en dos direcciones y atando uno de los lados a la estaca más próxima. La tarea fue agotadora debido al intenso calor, siendo necesario darnos pausas para refrescarnos a cada momento.

No hubo señales de los lobos durante la jornada. Vimos llegar más aves desde el sureste y nos alegramos con el zumbido de variedad de insectos que regresaban desde

ignotos refugios. La lluvia de cenizas continuó disminuyendo sensiblemente durante el día, haciéndose casi imperceptible al final de la tarde.

Pero la novedad que más festejamos fue la presencia de relámpagos iluminando el inmutable manto del cielo al anochecer.

Nos ilusionaba creer que eran un anuncio de lluvias que traerían alivio al desesperante calor de los últimos cinco días. Y que regarían el terreno yermo, para que el verde rebrotara en el ceniciento paisaje.

Lamentablemente estábamos equivocados.



Día Seis

La lluvia que esperábamos con ansias no llegó.

Los truenos se hicieron cada vez más fuertes durante la noche, hasta que los sentimos estallar sobre la montaña. Más tarde oímos un repiqueteo lejano que ingenuamente nos figuramos serían gotas de lluvia. Al ir aumentando en intensidad, empezamos a sospechar que se trataba de otra cosa. Eran ruidos secos, agudos, un concierto de chasquidos que llegaba de afuera. Luego nos pareció advertir olor a quemado.

Fue Abian quien trepó la escalera para averiguarlo y nos dio la noticia. Sin dar crédito, fuimos subiendo a la sala principal a corroborar con nuestros ojos el pavoroso espectáculo que se veía desde la entrada.

El bosque se estaba incendiando.

Columnas de fuego de hasta veinte pasos de altura avanzaban en todas direcciones, devorando campos enteros de árboles caídos. El aire exterior era irrespirable. La montaña se hallaba sumergida en una espesa nube de humo.

Los rayos habían caído del cielo no para traer agua, sino fuego. Para incendiar el paisaje como una yesca. Para arrasar lo ya arrasado, quemar lo ya quemado, destruir lo ya destruido.

Con una mezcla de furia, pesadumbre y resignación, regresamos a la cámara inferior donde pasamos el resto de la noche y casi todo el día siguiente.

Parcialmente sumergidos en el agua, refugiados en el tibio vientre de la montaña, a resguardo del aire abrasador, asfixiante, del exterior.



Cambiamos pocas palabras durante la jornada, queriendo preguntarnos cosas que nadie sabría responder: Cuándo terminaría el incendio ? Sería ésta la última de las fatalidades que habríamos de afrontar ? Cómo estarían nuestros amigos y compañeros de expedición ?

Una sensación confusa fue apoderándose de nuestros ánimos. Estábamos resistiendo algo inevitable ? Estábamos burlando a la muerte o era la muerte la que se burlaba de nosotros ?

Janequa hablaba poco y sólo para invocar designios de los Dioses o interpretar señales de sus divinas voluntades. De a poco empecé a reconocerme fastidiada con sus escasos pero reiterativos discursos.

Las heridas de su pierna eran profundas. De un lado las incisiones habían topado con el hueso, pero del lado posterior, próximo a su talón, los colmillos habían penetrado en la carne rompiendo parte del músculo. Volví a aplicar la crema de papayas y a ajustar el vendaje con cierta reserva. Era poco probable que aquel tratamiento tuviera el poder de curar laceraciones tan importantes, pero no disponía de alternativas. Ninguna planta se encontraba viva a nuestro alrededor.

Nira aparentaba estar vencida por las circunstancias. Su pesimismo era inexorable. No daba muestras de esperanza, de rebeldía frente a la adversidad. Su aspecto era deplorable. Se veía debilitada, su piel ya no era rosada sino de un blanco pálido. Los huesos de la cara y los hombros mostraban extrema languidez y el cabello empezaba a caérsele en forma notoria. Aunque ella lo negara, estaba enferma. Pero sus síntomas no me resultaban reconocibles. Nada parecido había visto en tres años en la *Eskuela* de Medicina.

No era fácil saber cómo se sentía Abian. Él se mostraba impasible, inalterable, transmitiendo serenidad con su imponente presencia. Si bien nunca había sido muy extrovertido, su falta de expresividad parecía aun mayor. Sus pocas palabras eran para Nira o para coordinar cuestiones prácticas. Pese a ello, su actitud hacia mí ya no era la misma. Durante la travesía, sus modales habían sido agresivos o al menos indiferentes. Pero desde que estábamos en el continente se comportaba de forma más amable, más atenta. En algún caso, incluso pendiente de mis gestos u opiniones.

Guaire y Etxekide soportaban el trance de una forma más comprensible. Expresando la angustia cuando era inevitable, pero esforzándose en poner lo mejor para que todos estuviéramos bien. Tratando de consolar a los demás, dedicados a las necesidades colectivas y trayendo buen humor de la nada para desafiar el infortunio.



Era próxima la noche cuando los incendios se alejaron hacia el norte. Pudimos volver a la sala principal y asomarnos a la entrada, a observar el luctuoso panorama producido por el fuego.

Los árboles caídos estaban calcinados, reducidos a carbón humeante. La empalizada que nos había llevado una jornada construir había sido alcanzada por las llamas, pese a la gran distancia entre ella y los restos de árboles más cercanos. No obstante algunas estacas seguían en pie, casi intactas, de modo inexplicable.

Hacia el sur, donde antes existía un bosque, se alcanzaba a divisar un campo negro debajo de un espeso manto de humo.

Hacia el norte se veían los resplandores del incendio, alejándose, pintando de tonalidades amarillas las humaredas ascendentes. Esquirlas de hollín transitaban por el aire, como enjambres de abejas, depositándose en todas partes, superponiéndose a la alfombra de cenizas caídas del cielo en los días anteriores.

El cuadro era devastador. Si alguna planta, si algún animal terrestre había logrado sobrevivir en lo previo, seguramente había sido consumido por el fuego, o sofocado por el humo.

En nuestro entorno visible, la Naturaleza entera había sucumbido.



Un denso desánimo nos acompañó en la cena. Por tercer día consecutivo nuestra comida consistió en cabra asada, como única opción para mitigar el hambre. Nira se negó a comer.

Compartimos las preocupaciones más inmediatas que nos pesaban. Era improbable que pudiéramos volver a cosechar pasto en la orilla del lago. Y aquello era una sentencia de fatalidad, para las cabras primero y para nosotros después.

Desde la noche anterior, la profundidad del depósito de agua en la cámara inferior había disminuido de treinta a veinticuatro dedos.

Nos quedaba agua para cuatro días.



Día Siete

Afortunadamente, las cabras dieron suficiente leche para llenar un jarro, que compartimos bebiendo un par de sorbos cada uno.

Etxekide y Guaire hicieron un intento de ir al lago por la mañana, pero renunciaron rápidamente tras alejarse pocos pasos de la caverna. Por todos lados quedaban remanentes del incendio, puntos en los que el carbón aún continuaba ardiendo y transitar entre ellos resultaba en extremo riesgoso.

Abian y yo los vimos regresar mientras procurábamos reparar la empalizada. Sus caras reflejaban exasperación.

El cielo se mostraba tan nublado como en los días anteriores, el calor continuaba siendo muy intenso y nada nos aseguraba que iría a llover. Tras un intercambio de opiniones, aceptamos que no sería posible acceder al lago, al menos hasta el día siguiente.

Mientras hablábamos de esto y de las posibilidades de restaurar el cerco que nos protegería de eventuales ataques de los lobos, escuchamos extraños silbidos provenientes de algún punto más alto de la montaña.

No logramos identificar de qué clase de animal se trataba. Pero resultaba llamativo cualquier signo de vida aquella mañana, en la que hasta las moscas y los buitres habían desaparecido. Quedamos alertas largo tiempo observando la cima de la montaña, sin alcanzar a ubicar el origen de los silbidos, que seguían llegando espaciados, en tonos más altos y más bajos, como el canto triste de un pájaro desconocido.

Evaluamos la posibilidad de trepar la pared rocosa, pero pronto lo descartamos. Era demasiado empinada para escalarla. Y rodear la montaña para buscar un camino más accesible a la cumbre, nos obligaba a transitar por zonas donde el humo anunciaba que el suelo continuaba ardiendo.

Entonces ocurrió algo curioso. Nos pareció que cada vez que dejábamos de prestar atención, los silbidos volvían a escucharse. Nos causó sorpresa e inquietud. De modo que hicimos algo para verificarlo. Tras mirar por un rato hacia lo alto de la montaña sin oír nada, nos dimos la consigna de regresar al trabajo. De inmediato sentimos los silbidos. Dejamos las estacas y nos apartamos a observar la cima. Silencio. Volvimos a la empalizada. Nuevamente silbidos.

Qué podría ser aquello que parecía estar viéndonos ? Qué clase de ave o reptil podría emitir aquellos sonidos sólo cuando nos disponíamos a trabajar ? No le hallábamos sentido. Hicimos una prueba más, ingresando a la caverna. Los sonidos, apenas perceptibles, regresaron y se detuvieron en el instante en que volvimos a salir.

Parecía que aquella cosa, fuera lo que fuese, intentaba llamar nuestra atención. Pero nos resistíamos a admitirlo. En ese momento vimos rodar un guijarro por la pendiente, golpeando en distintas rocas hasta caer a unos pasos. Era muy poco probable que un animal hubiera provocado aquello. Quedamos atónitos cuando cayó un segundo guijarro, del mismo modo que el anterior.

No era posible, no era creíble, pero lo tuvimos que aceptar.

Alguien estaba allá arriba.

— Quién está ? — Preguntó Abian con su grito más potente.

Nadie se dio por aludido.

— Hay alguien ahí ? — Insistió el gigante.

Muy débil escuchamos una respuesta. Nos sobresaltó una voz de mujer que sonaba apagada.

— Ijbin ainenfrau, tumirniytvui.

Celebramos aquellas incomprensibles palabras con regocijo. No era explicable cómo habría conseguido sobrevivir una persona a la sucesión de catástrofes de los últimos siete días, pero si ella lo había logrado, posiblemente nuestros compañeros también.

Etxekide hizo un intento inútil de comunicación.

— Dónde estás ? Queremos verte ! — Gritó hacia arriba.

La respuesta fue la misma, desde detrás de alguna roca, a unos treinta pasos de altura. Su tono era lastimero.

— Ijbin ainenfrau, tumirniytvui.

Aun si lográbamos ubicarla, no podríamos trepar a donde ella se escondía. Estaría sola ? No teníamos forma de saberlo.

Nira se acercó consternada, queriendo saber qué estábamos gritando. Le explicamos lo que estaba sucediendo, pero no se mostró proclive a compartir nuestra alegría.

Los varones hicieron otros intentos para que la misteriosa mujer se diera a conocer, pero no tuvieron éxito. Entonces se me ocurrió reproducir sus extrañas palabras.

— Ijbin ainenfrau, tumirniytvui ! — Vociferé tan fuerte como pude.

El efecto fue prodigioso. La mujer del hielo apareció tras una roca.

Su aspecto nos dejó impresionados. Al igual que nosotros, se hallaba desnuda. Los pelos que le cubrían brazos y piernas, estaban completamente impregnados en cenizas y hollín, y el cabello parcialmente quemado. En las rodillas tenía manchas oscuras de sangre. También sus labios se notaban lastimados. Nos observaba con temor desde su inaccesible balcón.

Nira no pudo contener un chillido de espanto ante la aparición.

De mal modo le pedí que se mantuviera en silencio. Pero no me hizo caso.

— Dile que se vaya. — Reclamó con voz airada.

— No ves que está herida ? — Respondí con fastidio.

— Que vaya con su gente. No vamos a adoptarla, o sí ?

— Nos está pidiendo ayuda. Y debemos dársela. — Intenté dar por terminada la discusión.

Pero Nira no estaba dispuesta a otorgar. Rió con sarcasmo.

— Si eres capaz de entender su lengua, puedes decirle que se marche de aquí.

Busqué apoyo en los varones. Etxekide y Guaire me respaldaban. Abian parecía estar dudando.

Le ordené a Guaire ir con Janequa y explicarle la situación para que diera su parecer, mientras Nira intentaba convencer a Abian de que la mujer sólo podía traernos más problemas. Le pedí también a Guaire que regresara con un ánfora. Así lo hizo, trayendo el consentimiento de Janequa para que fuéramos hospitalarios con la mujer del hielo, quien continuaba atenta a nuestros movimientos desde la altura.

Tomé el ánfora y volqué un chorro de agua en mis labios. Hice lo mismo con Etxekide, empapando su cara. Y repetí el procedimiento con Guaire y con Abian. Nira se apartó de mi alcance. Luego hice el ademán de ofrecer el recipiente a la mujer del hielo.

Ella pareció dudar un instante. Pero de inmediato la sed debió sobreponerse a sus temores. Con movimientos lentos que igualmente evidenciaban su agilidad, inició el descenso.

Nira se retiró hacia la caverna, maldiciendo a la visitante, a nosotros y a sí misma.

Cuando la mujer peluda llegó al piso, cruzamos miradas. Sus ojos grises expresaban precaución y respeto. Me acerqué a ella ofreciendo el ánfora. Tomándola, ella mojó sus labios agrietados y bebió con desesperación. Sus cabellos estaban chamuscados y mugrientos. La piel ennegrecida por el hollín hacía difícil estimar su edad. Los dientes se veían blancos, sin señales de desgaste. Sus pechos eran grandes y algo caídos. A un paso de distancia me llegaba su olor animal, penetrante, repugnante.

Cuando acabó de beber, se dibujó una tímida sonrisa en su enorme boca. Apoyando mi mano abierta sobre mi pecho, le dije:

— Me llamo Itahisa.

Ella imitó mi gesto antes de emitir una frase indescifrable, como un lamento.

— Ijferlor maifok, mainebruda uf mainekinda.

Hice otro intento.

— Me llamo Itahisa. Ijbin ainenfrau.

A lo que respondió de inmediato.

— Itais. Ainenfrau.

Dándome por conforme, le pedí a Etxekide que se acercara para continuar las presentaciones.

— Ainenfrau, él es Etxekide.

Ella lo miró de pies a cabeza, deteniéndose a admirar su *zakil* sin disimulos, antes de hablar.

— Etxekid. Istjain groseman.

Mi compañero extendió su mano en señal de saludo. Pero ella reaccionó de un modo inesperado. En vez de darle la mano, se puso de rodillas frente a él, ofreciendo labios y lengua a su *zakil*.

Etxekide me miró, entre divertido y desconcertado. De reojo, noté las caras de sorpresa de Abian y Guaire. Con delicadeza tomé el brazo peludo de Ainenfrau para que volviera a ponerse de pie y dejara de apoyar sus rodillas lastimadas en el piso. No obstante, repitió el mismo gesto cuando le presenté a Guaire y a Abian.

Revisé rápidamente sus heridas. Tenía cortes, quemaduras y raspaduras poco visibles a través de su singular pelambre cobriza. Supuse que estaría hambrienta. La invitamos a pasar a la caverna y no puso resistencia.

Al ingresar, fue notorio que ella conocía el lugar tanto o más que nosotros. Lo único que llamó su atención fueron los arpones y las pieles de los lobos que habíamos matado y desollado dos días antes. Se acercó a examinarlas impresionada, denotando reverencia por los animales muertos.

Sólo se distrajo cuando Guaire le ofreció una bandeja con restos de cabra asada.

Nira volvió a cargarnos de desaprobaciones al verla acometer la carne.

— Apenas tenemos para comer, escasea el agua y a ustedes se les ocurre traer a una mona peluda de invitada.

El tono agresivo y los ademanes hostiles de Nira no podían pasar desapercibidos para Ainenfrau, pero a ella no parecieron molestarle. Sentada en el piso, se dedicó a roer los huesos como si fueran un manjar, haciendo ruido al masticar. Aun con las piernas

abiertas, su *natura* permanecía oculta bajo el bosque de pelos rojizos. Sus pies descalzos mostraban llagas de quemaduras recientes.

Mientras la observábamos comer, intercambiamos impresiones.

Su aspecto ya no resultaba tan chocante. Las expresiones de su rostro y de su mirada decían cosas que debíamos descifrar para comunicarnos con ella. No comprendíamos una palabra de su idioma y tampoco era fácil entendernos por gestos, aun los más sencillos.

Cuál sería su historia ? Qué había ocurrido con su gente ? Cómo había logrado sobrevivir ? Quizás nunca lo sabríamos.

Janequa deseaba conocerla, pero al no poder subir la escalera, la única forma de realizar la presentación era que Ainenfrau visitara la cámara inferior. Pero ella no quiso hacerlo. No logramos convencerla de que se asomara al hueco.

Janequa hizo entonces preguntas acerca del aspecto y comportamiento de la recién llegada, y de inmediato aseguró que teníamos que interpretar su aparición como una señal de los Dioses.

Pese a su típica inexpresividad, pude captar que Abian se sentía complacido con la mujer del hielo. Ella miraba con admiración al gigante, que casi la duplicaba en estatura. Y a él no le resultaba indiferente el interés que provocaba en ella.

Guaire y Etxekide, en cambio, aunque se mostraban conformes y curiosos con la visitante, no ocultaban el desagrado físico que les producía.

— Itahisa, esa mujer apesta. No me parece buena idea invitarla a dormir con nosotros abajo. O crees que aceptará bañarse ?

La preocupación de Guaire me causó gracia, pero me resultó sensata.

No fue necesario resolver el dilema. Durante la tarde, Ainenfrau no se interesó en la cámara inferior. No aparentó curiosidad alguna en que fuéramos y viniéramos por la escalera colgante a cada momento. Solamente se mostró sorprendida al vernos izar desde abajo una de las cabras que sería nuestro alimento por los siguientes tres días.

Sus ojos se abrieron de asombro cuando, al anochecer, encendimos las lámparas de aceite.

Luego de la cena, tras arrojarnos una cantidad de palabras ininteligibles, ella se dirigió a la sala superior, que habíamos abandonado por hallarse inundada de cenizas.

Más tarde, Guaire ascendió la galería y verificó que se encontraba dormida.

Nosotros hicimos lo propio en la gran sala de abajo, en la que el nivel del agua continuaba descendiendo. Sin haber podido reparar completamente la empalizada, resultaba imprudente dormir en la cámara principal. Los lobos podrían regresar en cualquier momento.

Nira se mostró conforme de que nuestra reciente huésped se alojara en el otro extremo de la caverna. Aunque no lo confesáramos, también Guaire, Etxekide y yo nos sentíamos aliviados por dormir apartados de la maloliente y extraña mujer.



Me acosté junto a Etxekide, perseguida por las preocupaciones.

No tenía dudas que recibir a la mujer del hielo había sido lo correcto. No obstante, no lograba sentirme tranquila. Me hacía responsable por agregar una boca más para repartir los escasos recursos.

Etxekide me confortó asegurando que ella nos iba a ser de mucha ayuda. Que conocía el terreno circundante más que nosotros.

Entonces recordé las palabras de mi madre Atissa antes de partir de Lehen: "Si te encuentras en peligro, por favor Itahisa, prométeme que tendrás la astucia de aprender de ellos. Ellos saben sobrevivir en su territorio, nosotros no."

Aquellas palabras de mi madre de vientre resonaron en mi recuerdo, abriendo paso a una duda inquietante, a una desazón que fue tomando mi pecho.

Qué la había impulsado a decirme eso ? Por qué me había hecho prometerle tal cosa ? Tenía acaso una intuición de lo que iría a ocurrirnos ? Habrían podido los sabios astrónomos de Atlantis vaticinar que la estrella viajante provocaría un desastre ? No. Imposible. La estrella en aquel momento se estaba alejando . Y en todo caso, si el riesgo era predecible, por qué mis dos madres y mi abuela se habían mostrado tan proclives a que yo hiciera el gran viaje ? No. Si ellas hubieran estado alertas del peligro que podríamos correr, no se hubieran esforzado tanto en alentarnos a realizar la expedición.

Traté de desalojar aquellas ideas de mi cabeza y concentrar mis pensamientos en una imagen agradable para entregarme al sueño.

Imaginé que una abundante lluvia caía sobre nuestros cuerpos empapándonos, una lluvia refrescante, exquisita.

Tenía que llover.



Día Ocho

Guaire ordeñó las cabras. Sólo dos de ellas estaban dando leche y obtuvo apenas un jarro que debimos compartir entre siete personas.

La reserva de pasto se había acabado. Para reponerla, era imprescindible realizar una excursión al lago. Y ello implicaba transitar treinta campos de ida y de vuelta, entre los restos del incendio, soportando el calor abrasador.

Abian y Etxekide se prepararon para hacerlo. Cubrieron sus piernas con bombachos largos, calzaron sus pies con doble par de sandalias y volcaron agua sobre sus cabezas antes de iniciar el camino.

Ainenfrau, quien lucía mejor semblante luego de haber dormido, observó atentamente los preparativos, procurando comprender lo que nos proponíamos. Cuando los varones emprendieron la marcha, ella quiso ir tras ellos y no hallamos el modo de impedírselo. Simplemente vendó sus pies con jirones de piel de lobo y partió en dirección al lago.



Las heridas de Janequa no se veían bien. Las más pequeñas parecían estar curándose con la crema de papayas, pero las más profundas lucían irritadas y de ellas se desprendía una secreción amarillenta, pestilente. Janequa soportaba el dolor en forma admirable, casi sin quejarse, aun cuando ni siquiera con ayuda podía ponerse en pie.

Por el contrario, sufría en demasía por el calor, pese a que en la cámara inferior el aire era sensiblemente menos caldeado que el de afuera. Se notaba que su grueso cuerpo empezaba a adelgazar. Procuré hacerle chistes al respecto, aunque no me encontrara muy de ánimo para bromas. El formidable temple de Janequa era el que terminaba imponiéndose. Su serenidad ante los infortunios se fundamentaba en su particular comunicación con los Dioses. Pasaba todo el tiempo rezando. Hablando con Ama, Elkar y Egu, pidiendo por ella y por nosotros.

El aspecto de Nira era preocupante. A su delgadez y palidez se había agregado la pérdida de cabello y frecuentes derrames de sangre por la nariz. Había dejado de comer carne y su único alimento diario se limitaba a breves sorbos de leche de cabra. Puse mi mejor esfuerzo en sentarme con ella y tratar de persuadirla de que comiera, pero sólo recibí escuetas respuestas agresivas de su parte.

De mi equipaje de medicina rescaté trozos de corteza de sauce con los que preparé una infusión, que di a Nira para beber. Ella probó el líquido amargo, hizo un gesto de asco y me devolvió la jarra. Era inútil. Aunque me resultaba evidente que Nira estaba muriendo de una extraña enfermedad, no tenía idea de cómo ayudarla. Y ella no colaboraba en absoluto. Por el contrario, tendía a adjudicarme todos los males. Empezando por la decisión de alojarnos en la caverna y terminando por la llegada de Ainenfrau. Su mala disposición hacia mí era implacable. Y eso me quitaba el interés de hacer algo por ella.

El nivel de nuestro depósito de agua continuaba descendiendo. Había bajado a dieciséis dedos y a ese ritmo nos quedaríamos sin agua en un par de días. Llegado ese extremo, la caverna dejaría de ser habitable. Si es que no venían las esperadas lluvias a reparar la vegetación en los campos carbonizados, a restaurar la cercanía de animales, a devolvernos la vida.



Los varones regresaron agotados y abatidos, trayendo un exiguo fardo de pasto.

Ainenfrau venía detrás de ellos, portando un arpón con varios peces atravesados. Su rostro se veía radiante, parecía encantada con la excursión.

El lago también se estaba secando. Las aguas se habían retirado varios pasos desde la orilla, provocando que los pastizales quedaran a la intemperie, irremediablemente condenados a marchitarse. Algunos peces habían quedado confinados por la disminución de profundidad y ello había facilitado la pesca. Ainenfrau había mostrado excelentes habilidades con el arpón, fascinada con el poder de su punta de bronce.

La buena noticia era que comeríamos pescado.

En lo que ocurriría en un par de días no queríamos pensar.



Al anochecer, Etxekide quiso salir de la caverna a inspeccionar el terreno, para asegurarse de que no hubiera lobos merodeando en las cercanías. En cuanto se hubo alejado unos pasos, nos llamó para que fuéramos con él. A desgano de movernos por el calor, Guaire y yo acudimos hacia donde Etxekide señalaba el cielo sobre la cima de la montaña con una expresión de sorpresa en su rostro. Al llegar, no pudimos hacer otra cosa que sumarnos a su asombro.

Las nubes en el cielo oscuro estaban extrañamente iluminadas.

No era el crepúsculo, pero se parecía. El sol se había ocultado hacía largo rato y debería ya ser noche cerrada. Pero las nubes resplandecían en tonos blancos y azules, otorgando un espectáculo nocturno de una curiosa belleza.

— Qué es eso ? – Pregunté.

— Ni idea, pero se ve hermoso. – Declaró mi compañero encogiéndose de hombros.

— Las nubes están ... encendidas. Es rarísimo. – Comentó Guaire.

— Si, son noctilucen. – Complementó Etxekide luego de meditar un instante



Día Nueve

Abian me despertó a la madrugada. Nira estaba muy mal.

Me acerqué a ella, que se hallaba tendida en el piso de una de las grutas laterales. Había perdido la mitad de su cabello, se retorció de dolor, sangraba por la nariz y por la boca y estaba salpicada de inmundicias.

Pedí a Abian que trajera agua para limpiarla.

— Tienes que hacer algo, Itahisa.— Me rogó mientras volcaba jarros sobre su cabeza.

Decidí no ser delicada.

— Abian, Nira está muriendo.

Él me miró asustado, apenado, implorante.

— Tienes que hacer algo, Itahisa.— Repitió con voz quebrada.

— Quisiera poder hacerlo, Abian.— Dije con tristeza.

Nira asistía a nuestra conversación apenas girando sus hundidos ojos. Sus labios se movieron dejando escapar un hilo de sangre, mientras pronunciaba con dificultad.

— Todos vamos a morir. Ya ... deberíamos estar muertos.

Abian reaccionó con enojo. Aferrando sus enjutos brazos, la obligó a sentarse.

— Nira, vas a comer y vas a curarte ! — Le demandó con desesperación.

Ella no pareció afectarse por el mandato de su compañero. Mantuvo la mirada indiferente.

Guaire y Etxekide se despertaron con las voces y se acercaron. Me preguntaron por su estado y repetí lo mismo que le había transmitido a Abian.

Janequa también percibió lo que estaba sucediendo y gateando pudo aproximarse hasta los pies de Nira.

Allí, de rodillas, inició las oraciones.

— Diosa Ama, nuestra hermana Nira se apronta a cruzar la Puerta para encontrarse contigo.

Nira la contempló con desconcierto. Por un instante, temí que reaccionara con furia y la hiciera callar, pero eso no ocurrió.

Janequa continuó.

— Acógela en tu divino regazo, llénala de consuelo y enséñale las maravillas de tu Creación, para que su espíritu se colme de regocijo en tu presencia.

Nira tosió, atorada, escupiendo sangre.

— Ten en cuenta a nosotros, tus hijos, que aguardamos tu designio para transitar también la Puerta y así volvernos a reunir.

Noté que al gigante Abian le caían lágrimas. Sus fuertes manos estrujaban el huesudo brazo de Nira, cuya mirada parecía perdida.

Janequa hizo una pausa y cerró los ojos, concentrada en escuchar la respuesta de los Dioses. Sentí pena por Abian y apoyé mis manos en sus fuertes hombros. Me descubrí más afligida por él, que por la agonía de Nira.

Tras un largo silencio, Janequa volvió a hablar, transmitiéndonos el mensaje que los Dioses le habían encomendado.

— Cumpliremos con ello. Daremos su cuerpo a las grandes aves para renovar la vida.

Nira volvió a fijar la vista ante esta última frase. Miró a Janequa y luego a nosotros.

Movió los labios sin pronunciar sonido, hasta que le oímos decir.

— Los ... buitres.

Después de eso, dejó de respirar.



Abian se desplomó, abrazándola, llorando su muerte.

Los demás fuimos respetuosos de su angustia, expresándole como pudimos nuestra solidaridad y afecto.

Así estuvimos buen rato, reunidos alrededor del cuerpo inerte, intercambiando abrazos, rezando.

Asumiendo que Nira ya no se encontraba con nosotros, que ella ya había partido hacia la Puerta.



Más tarde, amarramos el cuerpo de Nira y lo hicimos subir a la cámara principal.

Ainenfrau simplemente guardó silencio al comprender la situación.

Janequa insistió en que también la subiéramos. Para ello, tuvimos que improvisar un asiento con cueros, tablas y sogas. Entonces pudimos izarla, jalando de las cuerdas.

Ella y Ainenfrau se contemplaron por primera vez, pasando rápidamente del asombro inicial a la consideración mutua, y en seguida a la franca simpatía, sin intercambiar una palabra.

— Ainenfrau, ella es Janequa.— Hice la postergada presentación.

— Janeku, Ainenfrau.— Dijo sonriente la mujer del hielo.

Janequa adelantó su mano en gesto amistoso. Esta vez Ainenfrau pareció comprender perfectamente y extendió ambas manos devolviendo el saludo.



Afuera, el cielo continuaba cubierto de nubes oscuras. Por primera vez en varios días sentimos que el aire, aunque caliente, era un poco más respirable.

Abian transportó lentamente el cuerpo de Nira alejándose de la caverna y los demás lo seguimos en procesión, ofreciendo nuestros hombros a Janequa para que pudiera desplazarse en una sola pierna.

Abian descendió la pendiente pedregosa y continuó caminando hasta llegar a un punto más alto, a unos dos campos de distancia.

Allí se detuvo y miró hacia el cielo sosteniendo el cadáver, cuyos huesudos brazos caían, desprovistos de vigor, hacia el piso.

Flexionando una rodilla y luego la otra, el gigante se puso en cuclillas, antes de depositar suavemente el blanquísimo cuerpo fallecido sobre la negrísima tierra carbonizada.

Hecho esto, volvió a ponerse de pie y dio un paso atrás, su enorme espalda encorvada por el pesar, quebrándose en sollozos.

Inesperadamente, fue Ainenfrau la primera en acercársele. Abrazó la cintura del gigante, apoyando la cara en su costado. Abian recibió el cariño sin inmutarse, sin reaccionar al contacto físico con la mujer peluda.

A continuación, ella hizo algo que nos resultó sorprendente. Aproximándose al cuerpo de Nira, se agachó y tomó un puñado de tierra. Luego desparramó el polvo oscuro sobre el vientre y el pecho de la muerta, entonando en un susurro una canción.

Asistimos a la rara ceremonia con cierta perplejidad. Janequa sintió la necesidad de dar una interpretación al ritual de la mujer del hielo.

— Diosa Ama, escucha la canción de tu hija Ainenfrau, en el momento en que nuestra hermana Nira se encuentra cruzando la Puerta hacia tu encuentro !

De a uno, nos aproximamos a Abian a darle otros abrazos.

Juntos, desandamos el camino hacia la entrada de la caverna.

Allí permanecemos un tiempo, los seis, en silencio, observando a la distancia la silueta en blanco sobre negro de quien había sido nuestra compañera de expedición.

Me costaba digerir la idea de que Nira, la conflictiva, quejumbrosa y detestable compañera, ya no estaría con nosotros. Que ya no escucharíamos sus palabras agresivas ni soportaríamos sus modales petulantes.

Nira estaba muerta. Y yo, la única *Maisu* en Medicina, no había logrado siquiera atenuar su repentina agonía.

Ya dejaba de parecerme tan detestable. La echaríamos de menos.



Los buitres aparecieron en el cielo, descendiendo en círculos sobre el cadáver.

Fueron posándose, de a uno, frenando el vuelo con sus enormes alas al apoyar las garras en el piso. Tras una breve inspección, acometieron a picotazos el cuerpo de Nira, empezando por sus ojos.

Abian cubrió su cara para no ver el espeluznante espectáculo de las aves desgarrando sin piedad el rostro, los pechos y el vientre de Nira, haciendo fluir la sangre sobre la piel blanquecina.

Janequa rezó oraciones de agradecimiento, bendiciendo el acto sagrado en que la muerte da lugar a la vida. Guaire se sintió descompuesto y se retiró al interior de la caverna. Etxekide me rodeó con sus brazos.

Ainenfrau intentaba comprender la situación, alternando su mirada entre las distintas escenas: la sangrienta de los buitres devorando el cuerpo, la de Abian sentado, abatido, escondiendo su cabeza, la de Janequa elevando las manos al cielo, y la de Etxekide abrazándome.

Tras un momento, ella se sentó junto al gigante. Lentamente apoyó su peludo brazo por la ancha espalda y comenzó a acariciarle la cabeza.

Él permaneció enrollado en sí mismo, dejando escapar quejidos de lástima.



Nira estaba muerta. Qué sería de nuestros compañeros de expedición ?

Qué sería de Txanona y Teno, y de sus compañeros del barco de residentes ?

Estaría mi amiga aprendiendo secretos de los labios de Tinabuna ? Estaría su compañero interpretando versos con su lira ?

Qué habría sido de Oihane y Guadarteme, de Urma y Markel, y de Mizkila y Atabar, los *txalupari* que se habían separado inexplicablemente de nosotros mientras remontábamos el río Tartessos ? Estaría Oihane tocando los tambores para hacer bailar al inefable Guadarteme ?

Qué habría pasado con el barco seis, en el que viajaban Sutziake, Baraso, Nora, Egoitz, Edurne y Aimar ? Estarían ellos a salvo junto a los *maisua* Naga, Siso y Aremoga ? Seguiría mi amiga Sutziake riendo de las habituales torpezas del grandote Baraso ? Continuaría Naga encendiendo sus hojas de fumar sin convidar a su amiga embarazada ?

Nira estaba muerta. Ellos podrían también estar muertos.

Nosotros también podríamos estar muertos.

Y lo estaríamos en pocos días, si la lluvia no llegaba.



Pasó un rato hasta que la mujer del hielo complementó sus caricias con besos en el robusto brazo de Abian.

Recorriendo con sus labios el hombro desnudo, explorando la curvatura del potente músculo, al tiempo que continuaba acariciándole la espalda y la rodilla.

Sin recibir rechazo, prosiguió rozándole cariñosamente el contorno de las piernas, jugando con las yemas de sus dedos sobre el cuello, los codos y los muslos del gigante.

Lo que sucedió a continuación fue tan rápido y tan intenso que nos dejó turbados, desconcertados.

Ainenfrau deslizó su mano al *zakil* de Abian, provocando una reacción inmediata.

Entonces él salió de su estado ensimismado y tomando a la mujer peluda por la cintura, la puso de rodillas. Ella se dejó manipular, sin mostrarse disgustada ni sorprendida. Colaboró apoyando los brazos en el piso y elevando las nalgas, presentando su hirsuta entrepierna a los impulsos del gigante, ofreciéndose.

Abian la tomó con fuerza y de un solo empuje introdujo su *zakil* en el invisible canal. En pocas embestidas alcanzó su satisfacción, que acompañó con un potente alarido de alivio, de placer y de angustia.

Luego volvió a sentarse en la misma posición, escondiendo la cabeza entre sus rodillas.

Por primera vez, vimos los ojos grises de Ainenfrau brillando de deleite.



Guaire y Etxekide fueron al lago por la tarde. Era imperioso cosechar más pasto y conocer la situación de la reserva de agua, dado que nuestro depósito se estaba agotando.

Etxekide ató una soga al cuello de una de las cabras, con la intención de llevarla también al lago, pero el animal se resistió a salir de paseo. Etxekide rápidamente se dio por vencido.

Abian permaneció sentado en el patio exterior, acurrucado, llorando ocasionalmente.

Ainenfrau no se apartó de él, brindándole silenciosa compañía, excepto cuando me vio quitar el vendaje de la pierna de Janequa y se acercó a observar las heridas que yo intentaba curar.

La mujer del hielo dijo cosas incomprensibles acerca del estado de las lesiones. Tras varios ensayos de señalar objetos para que ella diera los nombres respectivos, aún no habíamos descubierto una sola palabra similar entre su idioma y el nuestro.

— Amis estotxbuj.— Afirmó señalando las secreciones amarillentas.

Janequa y yo intentamos reproducir su frase lo mejor que pudimos.

— Amis ... estotx ... buj ?

Ainenfrau asintió varias veces, extendiendo sus manos, pero no comprendimos su demanda. Entonces ella me quitó una de las vendas limpias y me hizo gestos para que la acompañara fuera de la caverna. Busqué la aceptación de Janequa, antes de interrumpir el procedimiento de curación y seguir a la mujer del hielo, intentando dilucidar qué se proponía.

Ella caminó hacia los matorrales carbonizados mirando atentamente el suelo, indiferente a la proximidad del cadáver de Nira perforado por los picos de los buitres y cubierto ya de moscas. Varias veces se agachó a inspeccionar la tierra, mientras yo la contemplaba sin captar su intención. En un momento me indicó en el piso un grupo de pequeñas hormigas que transitaban por su camino. Continuó alejándose, llevándose la venda que yo había reservado para aplicar a la pierna de Janequa. Tuve que ir detrás de ella, pensando en cómo convencerla de que me devolviera el paño, hasta que de pronto se detuvo, señalando un diminuto promontorio, que reconocí como el hormiguero.

Con asombro, la vi desplegar la venda y depositarla cuidadosamente en proximidad a la entrada, de modo de obligar a las hormigas a transitar sobre el blanco paño para acceder a su refugio.

— Amis estotxbuj.— Volvió a decir con entusiasmo, ante mi estupor.

Tuve el impulso de recuperar la venda, pero dejé lugar a la duda y me contuve. Qué significaba aquello ? Cuál sería el motivo de tan extraño comportamiento ? Traté de descifrar la expresión satisfecha de la mujer del hielo, sin llegar a conclusión alguna.

Decidí entonces ir por otra venda y dándole la espalda, regresé a la caverna.



Los varones trajeron malas noticias a su retorno. El lago estaba reducido a un exiguo charco que no tardaría en extinguirse. Pocos peces permanecían atrapados en los pequeños estanques, también agonizantes. La corriente del río, que diez días atrás era un torrente navegable y cinco días atrás un arroyuelo, ya no existía. Se había secado por completo, dejando un tendal de peces muertos en su lecho.

Nuestro depósito en la cámara inferior se hallaba en ocho dedos. Decidimos suspender cualquier uso del agua que no fuera para beber o cocinar. No enjuagaríamos platos ni jarras. Ya no nos bañaríamos. Dejaríamos de humedecer paños para refrescarnos.

Tendríamos que soportar el calor sin mojarnos.



Mientras asaba los pescados, noté que Guaire se sacudía, sobresaltado.

— Qué pasó ? — Le pregunté, asustada.

— Nada.— Respondió sin mirarme.

— Guaire ! Por qué saltaste ?

— Nada.— Volvió a decirme, antes de murmurar.— Me pareció que regresaban los lobos.



El cielo volvió a iluminarse aquella noche, mucho más que la anterior. Las nubes noctilucientes resplandecieron en franjas amarillas, rosadas y púrpuras,



Día Diez

Desperté con un intenso dolor de cabeza que me acompañó todo el día, pese a que bebí de a sorbos la infusión de corteza de sauce que Nira había rechazado.

Etxekide se levantó cerca del mediodía y volvió a acostarse por la tarde, algo muy llamativo en él.

Guaire obtuvo apenas media jarra de leche del ordeño de las cabras.

Ainenfrau trajo de vuelta el paño que había colocado en el hormiguero y me indicó que lo utilizara para vendar a Janequa. Las heridas de su pierna se veían aun peor que en días anteriores. Me resistí a hacerle caso, pero ella fue tan insistente que terminó por convencernos. Entonces Ainenfrau, tomando otro paño limpio, salió de la caverna para ir a depositarlo en la entrada del refugio de las hormigas.

Cuando se marchaba, advertí que por sus muslos caía sangre. Me costó un momento entender que a la mujer del hielo le había llegado su luna. Eso nos hizo tomar cuenta de que ni a mí, ni a Janequa, nos había bajado la sangre desde hacía unos treinta días. La última vez había sido a poco de partir de Islas Castigadas, previo a la tormenta. El recuento de los días nos resultaba confuso. Percibíamos aquel momento como lejano,

remoto. Más confuso aun era que nuestras lunas estuvieran atrasadas. Ni ella ni yo recordábamos haber recibido semen en días fértiles.

Abian se mantuvo encerrado en un prolongado mutismo. Ni siquiera agradecía los gestos de atención que le regalábamos de vez en cuando, procurando animarlo.

Por la tarde, Ainenfrau trabajó un hueso delgado que halló en un rincón de la caverna. Parecía de una pata de un ave de gran porte. Sentada en el piso frente a una piedra, ella comenzó a pulir los extremos del hueso y a desgastar ranuras en determinados puntos. En su idioma, anunció lo que estaba haciendo, pero nos fue incomprendible.

Luego de que cargamos las ánforas con agua, el nivel de nuestro depósito descendió a dos dedos. Y la que iba quedando no se veía límpida. No tendríamos agua para beber al día siguiente.



Día Once

Al dolor de cabeza se le sumaron los mareos. Tuve que sostenerme con ambas manos para poder orinar. La orina fue escasa y oscura. Sentía sequedad en la boca, que no pudo aliviar el mínimo sorbo de leche que Guaire me acercó, al advertir que no me levantaba.

Observamos con tristeza el último rastro de agua sucia extinguiéndose en el lecho. Desechando toda precaución nos arrastramos a mojarnos en aquel barro, extendiendo la última humedad posible en nuestros cuerpos.

Nadie quiso ir al lago. La perspectiva de encontrarlo también seco era extremadamente desalentadora. El desgaste físico de ir y volver resultaría intolerable.

Etxekide permaneció durmiendo casi toda la jornada. Todos evitábamos movernos.

Administramos con dificultad la última ánfora para beber, sentados alrededor de ella, vigilándola, desconfiados unos de otros, discutiendo cada gota que se repartía. Cuando ya no quedaba agua, nos quedamos tumbados en el barro de la cámara inferior, en la oscuridad, a resistir como pudiéramos la sed, a soportar el ardor que se iba adueñando de nuestros cuerpos.

Desde la cámara superior nos llegaron sonidos agudos. Era Ainenfrau, que al terminar de confeccionar su flauta de hueso, empezaba a probarla. Tras varios ensayos percibimos una sucesión de notas que se repetía. Y reconocimos la canción que ella había entonado, esparciendo tierra sobre el cuerpo exánime de Nira.

Una música dulce, pero triste.



Al caer la noche, la sed se me hizo insoportable. Dolorosamente insoportable.

Sentí que la vista se me nublaba, la respiración me resultaba difícil y el pecho me pulsaba de agitación.



Día Doce

Estoy seca.

Como el bosque quemado. Como el lecho resquebrajado de los ríos.

Lo que antes era fresco y tierno, ahora es áspero y sucio.

Como el paisaje que antes era verde, ahora incendiado. Teñido de aridez por las cenizas.

Donde antes había un concierto de cantos de animales, ahora se ha instalado un silencio tieso, inerte.

Estoy seca como la Tierra.

De mi cuerpo no sale más orina. Mi piel ya no transpira.

De mi flor no fluye humedad, de mi *natura* no cae sangre.

De mis ojos no brotan lágrimas.

Estoy seca.

Mis labios ya no pueden besar, están agrietados y me duelen.

Mis pechos ya no sienten, están mustios, caídos.

Veo nublado.

Veo a Etxekide, tratando inútilmente de remar en la arena.

Veo a Ainenfrau, persiguiendo hormigas, profiriendo exóticas palabras.

Veo a Nira, seduciendo a los buitres para que vengan a comer su cuerpo.

Veo a Guaire, espantado ante un ataque de lobos que sólo existen en su mente.

Veo las úlceras en la pierna de Janequa, supurando una crema amarillenta que me dan ganas de beber.

Veo a Abian a mi lado, hecho un ovillo, doliendo nuestra muerte.

Estoy seca.

Ellos hablan de lo que hacen las hormigas.

Qué pueden hacer por nosotros las hormigas ? Irán las hormigas con los Dioses ?
Vendrán a acompañarnos a cruzar la Puerta ?

Tampoco irán con nosotros las libélulas, las nubes de libélulas que invaden la caverna, llegando desde el cielo, desde las extrañas nubes iluminadas.

Quiero estar en los brazos de mi madre Atissa.

Quiero poder llorar en su regazo. Pero no puedo, porque de mis ojos secos no brotan las lágrimas.

Estoy seca. Voy a morir.



La historia de Itahisa continúa en Parte Siete, Segundo Movimiento, Diluvio

<http://itahisa.info/about/parte-siete/diluvio/>